

BOLSILIBROS

Oeste



OESTE
LEGENDARIO

Lou Carrigan

TU VIDA VALE UN CENTAVO



Lectulandia

Luke Mackey sonrió. Era un hombre atractivo, alto, delgado. Cabellos negros y mentón agudo. Lo más importante de él eran sus ojos, negros y de expresión durísima, casi siempre con un brillo malévolos en el fondo, que solía pasar desapercibido por su costumbre de mantenerlos entornados. Pero lo más notable de él eran sus manos, morenas y fuertes, de dedos largos y delgados. Las venas destacaban, produciendo una extraña sensación de poder, de fuerza.

Lectulandia

Lou Carrigan

Tu vida vale un centavo

Oeste Legendario - 20

ePub r1.0

Titivillus 26.06.2019

Título original: *Tu vida vale un centavo*
Lou Carrigan, 1987

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

TU VIDA VALE UN CENTAVO

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO I

—¿Piensas quedarte todavía mucho tiempo en Hantville, Mackey?

Luke Mackey miró burlonamente al alguacil del pueblo llamado Hantville, en Texas.

—Depende.

—Depende, ¿de qué?

—De lo bien que me traten.

Alex Weston, el alguacil, comprendió que por aquel terreno no iba a conseguir nada con un tipo tan duro y cínico como Mackey. No era de los que admiten amenazas o sugerencias respecto a lo que tienen que hacer..., o a lo que no pueden hacer.

—Si por mí fuera, Mackey, te marcharías ahora mismo.

—¿Quiere decir que me trataría mal..., si pudiera?

Weston se mordió los labios. Ahí estaba la cuestión: para tratar mal a Luke Mackey hacía falta poder hacerlo. Este detalle bastaba para que el alguacil no se excediese en el cumplimiento de la Ley, que representaba.

—Está bien, Mackey. Tú y yo no tenemos nada que discutir. Lo único que te digo es que si vuelves a matar a otro hombre en estas mismas circunstancias, me veré obligado a detenerte.

—¡Oh!

Luke Mackey sonrió. Era un hombre atractivo, alto, delgado. Cabellos negros y mentón agudo. Lo más importante de él eran sus ojos, negros y de expresión durísima, casi siempre con un brillo malévolo en el fondo, que solía pasar desapercibido por su costumbre de mantenerlos entornados. Pero lo más notable de él eran sus manos, morenas y fuertes, de dedos largos y delgados. Las venas destacaban, produciendo una extraña sensación de poder, de fuerza.

En aquellas manos, un revólver casi se convertía en algo diabólico. Y lo que era algo definitivamente diabólico era la escalofriante puntería de Luke Mackey.

Hacía apenas un par de minutos, Mackey había matado a un hombre. ¿Motivos? Siempre había, más o menos aceptables. Lo que Alex Weston

ignoraba era si Mackey tenía derecho a matar de aquella manera.

Luke Mackey se desafiaba con un hombre, salía a la calle y lo esperaba. Cuando el hombre salía, el sol lo cegaba durante unos segundos, mientras descendía del porche de la cantina a la calzada. Y en esas circunstancias, Luke Mackey disparaba desde casi sesenta metros, una distancia verdaderamente fabulosa.

¿Asesinato?

Sí y no. Sí, si se tenía en cuenta que aquello no se debía haber hecho. No, si se tenía en cuenta que desde el mismo momento en que un hombre esperaba a otro en la calle, tanto el que esperaba como el que salía, debía aguzar al máximo sus sentidos y su prudencia, pues se estaba jugando la vida.

La opinión decidida de Alex Weston era que disparar contra un hombre desde sesenta metros, era un asesinato, ya que Mackey era el único que conseguía matar a esa distancia.

Era el atardecer, y los dos hombres, junto al muerto y rodeados de curiosos, comprendieron que alargar aquella discusión no conducía a nada.

De modo que, todavía sonriendo, Mackey preguntó:

—¿Puedo marcharme? No de Hantville, claro, sino de aquí.

Weston no contestó. Le hubiese gustado poder replicar a Luke Mackey con el revólver en la mano, pero eso era un suicidio clarísimo.

Se limitó a volver la espalda al pistolero y hacer una seña a Bulder, el dueño de la funeraria, que esperaba sus instrucciones.

—Llévate el cadáver de aquí, Bulder. Y ya sabes: un ataúd de acuerdo a lo que lleve en los bolsillos. Si la cantidad pasa de cien dólares tendrás que entregarme el exceso, para tenerlo a disposición de quién se atreva a reclamarlo, durante un mes.

—Está bien, Alex.

El alguacil se dirigió a los curiosos:

—Y vosotros, largo de aquí. ¿No tenéis nada que hacer?

Rezongando, la gente comenzó a alejarse, dispersándose. Alex Weston, fruncido el ceño, comenzó a caminar hacia su oficina. Entonces vio, caminando de espaldas a él, a Luke Mackey.

Por un segundo, el alguacil se preguntó qué pasaría si ahora desenfundaba el revólver y disparaba contra aquellas amplias espaldas.

No podía hacer eso.

Y, en cambio, quien quisiera matar a Luke Mackey tendría que recurrir al disparo a traición. De otro modo, nadie lo conseguiría.

Con un suspiro de desaliento, el alguacil se dirigió a su oficina.

Mientras, Luke Mackey había entrado en el saloon que abandonara pocos minutos antes, y se dirigía hacia una mesa en la que había una botella y dos vasos.

Y un hombre, sentado ante ella. Un hombre casi tan notable como el propio Mackey, a pesar de sus diferentes características físicas. Rubio, ojos claros, un poco más delgado, manos también notables.

Vio acercarse a Mackey sin darle ninguna importancia. Sabía que Mackey siempre regresaba de sus peleas.

—Ya estoy aquí, Clark.

—Resultas aburrido, Luke. Por lo menos, podrías regresar herido alguna vez.

Mackey rió.

—Procuraré complacerte en la próxima. Pero ¿sabes de alguien que pueda herirme siquiera?

Clark Mac Nully sonrió simpáticamente.

—¿Crees que nadie puede lograrlo, Luke?

—Nadie.

—¿Ni siquiera yo?

Primero, Mackey se asombró. Luego, el brillo diabólico del fondo de sus ojos se convirtió en divertido.

—Oh, pues... ¿Te gustaría intentarlo?

Mac Nully rió como ante un buen chiste.

—¡No!

—Ah. Pensé...

—Tonterías tuyas, Luke. Somos amigos, y creo que lo bastante inteligentes como para no enfrentarnos por una tontería.

—Me gusta como hablas, Clark.

—Y a mí me gusta como disparas. ¿A qué distancia esta vez?

—Como siempre, unos sesenta metros. ¿Serías capaz de hacerlo, Clark?

—Sí.

—Pero no lo has hecho nunca.

—No.

—¿Por qué?

Mac Nully se pasó una mano por la barbilla.

—Me gusta conceder una oportunidad al desdichado que se atreve a enfrentarse conmigo —susurró suavemente.

Mackey frunció el ceño.

—A mí no. Son imbéciles. Han oído que disparo como un demonio, y todo lo que se les ocurre es venir a comprobarlo. No se conforman con saberlo: quieren comprobarlo. Además, quienes me desafían...

—Nos desafían, Luke —corrigió Mac Nully—. Yo tengo tu misma categoría y fama.

—Aproximadamente —rió Mackey—. Decía que quienes nos desafían, lo hacen con el firme propósito de matarnos. ¡Al diablo con ellos! ¿Qué esperan? ¿Que nos dejemos matar?

—Se sobreentiende que no. Pero es que tú ni siquiera les dejas intentarlo, Luke.

—Está bien. Soy un tipo peligroso y todos lo saben. ¿Por qué no me dejan en paz?

—No sólo eres peligroso, Luke, sino malo. Te gusta matar. Y tarde o temprano los hombres como tú y yo encuentran otro que dispara igual... o mejor.

Se había ensombrecido la expresión de Mackey.

—Yo encontré ya a ese hombre, Clark.

—¿Sí?

—Se llama Morton Sterling y es... un rural.

—¡Caray! Precisamente...

—Bueno, no creo que le encarguen a él de nuestro asunto. En el supuesto de que los rurales sepan algo del contrabando de armas.

—¿En el supuesto de que sepan algo? Escucha esto, Luke: cuando cobremos, yo me largo. Si me dices que el alguacil de Hantville, ese Alex Weston, no sabe nada, bueno. Pero los rurales... Tienen un olfato especial. En cuanto lleguen las armas y las crucemos por el río, adiós.

—Me pregunto por qué se han de meter los rurales en esto. Si los mexicanos quieren armar una revolución cada semana, ¿qué nos importa a nosotros?

—Hombre, eso es muy discutible... Mira, ahí tenemos a la mujer que tiene las más bonitas piernas de Texas —se echó a reír—. Según dice el cartel de afuera, claro...

Luke Mackey ladeó un poco la cabeza para mirar hacia la escalera que llevaba desde la planta al primer piso del Pistol Saloon, donde había aparecido Loretta Evans, la refulgente estrella del local.

Se volvió de nuevo a Mac Nully y comentó duramente:

—Es una pérdida.

Clark Mac Nully encogió los hombros.

—Ella vive su vida y nosotros la nuestra. Al fin y al cabo, Loretta no mata a nadie. Al contrario. Digamos que... le endulza la vida. Lo sé bien.

Mackey miró asombrado a su amigo.

—¿Tú también?

—Sí. Yo llegué aquí dos días antes que tú, ¿recuerdas?

—Claro.

—Bueno, pues entonces. Sin embargo, he observado algo raro en Loretta desde hace unos días. Parece que no le interesa ya... Bueno, eso es cosa suya si ha decidido de pronto cambiar de vida.

—¿Cambiar de vida? ¿Qué quieres decir?

—Si te hubieses fijado alguna vez en ella, te habrías dado cuenta de que ya no admite a ningún hombre.

—No me hagas reír. Es una...

—Ssst. Ahí viene.

—Lo será siempre —gruñó rápidamente Mackey—. Van cien dólares a que esta noche...

Loretta Evans se acercaba a la mesa que ocupaban los dos hombres, en efecto.

Era una hermosa mujer, quizá ya algo ajada. El típico caso de quien arruina su vida en el vicio. Loretta tenía veintinueve años, y para darse cuenta de que no tenía más, uno debía acercarse bastante a ella y mirarla atentamente. Entonces, si bien podía admitírsele tal edad, se veían mejor las marchiteces de su rostro de piel muy blanca, hermosa. La salvaban los ojos. Unos hermosos ojos verdes, resplandecientes en ocasiones, y la morbidez de su cuerpo, que conservaba una increíble, casi impropia lozanía. Vista en el tablado del saloon, enfundadas sus soberbias piernas en las negras medias enrejadas, Loretta Evans era una hermosísima mujer.

Vista de cerca, Loretta no perdía demasiada belleza, pero sí de la personalidad del escenario. Suave, discreta, con una mirada entre lánguida y nostálgica.

Sí. Una hermosa mujer, muy zarandeada por la vida.

Cuando llegó junto a los dos hombres, sus bellos ojos estaban fijos en Luke Mackey, que podía considerarse como un pistolero asesino.

—Hola, Luke. Hola, Clark.

Mac Nully sonrió.

—Tan hermosa como siempre, Loretta. ¿Cómo tan temprano por aquí abajo? Ni siquiera son las seis de la tarde.

—He..., he visto desde la terraza... ¿No te han herido, Luke?

Mackey frunció el ceño.

—¿Herirme a mí? ¿Hablas en serio?

—No sé... Hubiese sentido...

Clark Mac Nully había adoptado una expresión divertida. Luke podía ser muy rápido con el revólver y tener una puntería endiablada; pero... Sus juicios sobre las mujeres, por lo menos en aquel caso, iban completamente descaminados.

—¿Hubieses sentido que me hiriesen? —inquirió asombrado Mackey.

—Sí.

—¿Por qué?

Loretta Evans no enrojeció, porque había cosas que le resultaban imposibles a una mujer que había vivido como ella. Pero sus ojos se inclinaron hacia el suelo.

—Está bien, contesta —gruñó Mackey—. ¿Esperas algo de mí?

Ella alzó la vista rápidamente.

—¿Algo de ti?

—Eso he dicho.

—Yo... no puedo esperar nada de ningún hombre, Luke.

—Oh, ya veo... ¿Ni siquiera una visita a una hora... discreta? Supongamos... cuando termines tu actuación...

Loretta Evans dirigió una rápida mirada a Mac Nully antes de contestar:

—¿Quieres decir que vendrás esta noche a mi habitación, ahí arriba?

—Si te parece bien.

—¿Para qué, Luke?

Mackey lanzó una carcajada.

—¡Caramba, ésta es buena!... ¿Qué crees tú?

Loretta Evans miró alternativamente a uno y otro hombre. Clark Mac Nully tenía la vista fija en la etiqueta de la botella y parecía no haber oído nada. Mackey la miraba a ella fijamente, esperando una respuesta. Su expresión era divertida hasta la crueldad.

—Creo..., creo que te esperaré, Luke.

—¡Estupendo! —rió el pistolero—. Subiré media hora después de terminar tu actuación. ¿De acuerdo?

—Está bien...

—Y ahora lárgate. No te importa lo que estamos hablando Clark y yo.

Loretta se mordió los labios, sin contestar. Dio la vuelta y se dirigió de nuevo a la escalera, demostrando así que todo su interés por bajar al local

antes de lo acostumbrado se ceñía exclusivamente a la persona de Luke Mackey.

Éste se volvió hacia Mac Nully cuando la mujer ya no se veía.

—Creo —rió— que te he ganado cien dólares, Clark.

El pistolero rubio levantó por fin la mirada.

—No.

—¿Cómo que no?

—Los ganarás cuando «bajes» de la habitación de Loretta. Y sé que no me engañarás, Luke.

—¿Qué quieres decir?

—Que ella sólo ha dicho que te espera. Nada más.

—Bueno, tú estás loco. ¿Acaso crees?...

—Estabas hablando de un rural cuando Loretta apareció en la escalera. Un rural que es más rápido que tú, decías.

—Bueno, más rápido... Digamos igual...

—Está bien. ¿Qué ocurrió con ese rural llamado Morton Sterling?

—Nada. Estuvimos juntos en la guerra, con Jeb Stuart. Juntos les pegamos muchas palizas a los yanquis.

—¿Los dos solos?

—Me encanta tu humor. Morton Sterling me salvó la vida en una ocasión.

—Casi increíble. ¿Fue en la guerra?

—No. Lo que son las cosas, Clark. Cuando terminó la guerra, él y yo regresamos a Texas juntos.

—¿Erais buenos amigos?

—Los mejores del mundo.

—Eso me posterga un poco, ¿no?

—Ni mucho menos. Hoy día sólo tú eres mi amigo, Clark. Pero Morton lo fue hasta que entró en los rurales. Entonces nos separamos. Y lo que son las cosas...

—Eso ya lo has dicho antes, Luke.

—No importa, hombre; cierra el pico. Digo que Morton y yo volvimos a encontrarnos dos años más tarde. ¿Adivinas cómo?

—Frente a frente. El forajido y el rural.

—Exacto.

—¿Y qué pasó?

—Me perseguía a mí. ¿Casualidad? No. Morton Sterling había cambiado ese servicio con uno de sus compañeros cuando se enteró de que éste había recibido órdenes de prenderme.

—¿Te encontró Morton?

—Me encontró. Discutimos un poco antes de tirar de revólver. ¿Qué dirás que pasó?

—¿Te mató?

—Sigues tus bromas, ¿eh? Pues escucha: Morton fue más rápido que yo, me alcanzó en un hombro. Luego se acercó a mí, me ayudó a levantarme y me puso el revólver en la funda. Me ayudó a montar y me dijo: «Luke, vete de Texas. Es todo lo que puedo hacer por ti». ¿Qué te parece?

—Bueno muchacho. ¿Qué hiciste tú?

—Nada. Estoy en Texas, ¿no?

—¿Ni siquiera le contestaste?

—Eso sí. Le dije que no le aseguraba que marcharía de Texas. Entonces él dijo: «Si no te vas, Luke, tu vida no vale más de un centavo». Y me dejó allí, ¿sabes? Ahora está casado, el imbécil. Y hasta he sabido que tiene un hijo.

—Hombre afortunado, ¿no?

—¡Bah!

—¿No os habéis vuelto a ver?

—No. Quizá él crea que marché de Texas. Es el mejor rural de Texas, seguro, y si él interviniese en esto del contrabando de armas, el tipo que se va a llevar los beneficios gordos de esto lo iba a pasar muy mal. Por cierto, ¿quién es el jefe, Clark?

—El tipo ese del General Store, supongo.

—Nada de eso. El tal Denis Tunstall no es más que el pobre que para los golpes. Él recibe los rifles en su almacén, no sé de qué manera, y luego nosotros los pasaremos a México. Gente brava es lo que piden para este asunto. Pagan bien y no debería importarnos la personalidad del jefe verdadero. Pero siento curiosidad.

—En cambio, yo toda la curiosidad que tengo consiste en saber cuándo quedaremos listos de este asunto para largarme.

—Me gustaría saber —rió Mackey— si esa gente nos ha contratado creyendo que somos dos muchachos inocentes.

—No. Eso no. Saben a quién contratan, Luke. Los Doncaster también están en esto...

—¿Los cuatro?

—Claro, siempre van juntos. Luego están Orson, Coogan, Holligan, Wells...

—Buena gente —volvió a reír Mackey—. Supongo que si los rurales se enteran del grupo que hemos formado en Hantville no se acercarán por aquí.

Oye, ¿dónde están los demás?

—Por ahí. Y creo que los Doncaster fueron a echar un vistazo a los alrededores del río.

—Lo mejor que podrían hacer es limpiarse la mugre. En mi vida he visto tipos más brutos que ellos... ¿Qué ocurre ahora?

Afuera se oía un rumor inusitado de gente que corría, de voces, exclamaciones. Los dos amigos permanecieron inmóviles en sus sillas.

Mac Nully echó *whisky* en los dos vasos.

Lió un cigarrillo.

—Supongo que nada importante, ya que de otro modo la gente no acudiría tan rápidamente, sino que se escondería —dijo un poco a destiempo—. De todos modos, nos enteraremos de lo que sea. Alguien vendrá a decirlo al saloon. ¿Piensas visitar esta noche a Loretta?

—¿Por qué no?

—Está enamorada de ti.

—¿Estás loco, Clark? Esas mujeres no se enamoran de ningún hombre... en especial.

Mac Nully le miró atentamente.

—Eres demasiado duro, Luke, demasiado cruel. No eres de los que en ocasiones se portan con un poco de paciencia. Tú eres rematadamente malo.

—Déjame en paz, Clark.

—Seguro.

Durante cinco minutos los dos pistoleros se dedicaron a fumar pensativamente, bebiendo sorbitos de *whisky*. Eran los únicos ocupantes del saloon, ya que todos habían salido a ver qué ocurría. Incluso el camarero había salido al porche. Le oyeron hablar con alguien.

Casi enseguida entró, excitadísimo.

—¡Han matado a uno de los Doncaster! Los otros tres están delante de la oficina del alguacil, pidiéndole que les entregue al hombre que lo hizo, que llegó herido y perseguido por los otros tres Doncaster.

—¿Y quién es el valiente que se ha atrevido con los Doncaster, Charlie?

—Dicen que es un rural, y que Alex Weston no sólo no piensa entregarle a los Doncaster, sino que va a pedirles cuenta de lo ocurrido. Si un rural se ha metido con ellos es que la cosa va en serio.

Mackey y Mac Nully se miraron.

—¿Qué te dije, Luke?

—¿Sobre qué?

Mac Nully alzó las cejas.

—Sobre los rurales, hombre. Ahí tenemos ya a uno de ellos. Te apuesto cien dólares a que la cosa se va a complicar muchísimo en cuestión de horas.

—¿Te refieres al contrabando de rifles para los mexicanos?

—Claro.

Luke Mackey se puso en pie.

Lanzó una risita.

—Eso no tendría importancia. Cuando las cosas se complicarían de verdad sería si ese rural se llamase Morton Sterling.

—¡Ah, tu viejo amigo de cuando la Secesión!... —sonrió Mac Nully—. ¿Qué harías, Luke?

—Primero vayamos a ver si es él. ¿Quién sabe?

Mac Nully también se puso en pie. Eran igual de altos, esbeltos, poderosos de aspecto, firmes sus miradas. Dos pistoleros de auténtica talla.

Uno, con un corazón normal.

Otro, sin corazón, según su amigo.

Llevaban un solo revólver cada uno, a la derecha.

Salieron del Pistol Saloon, arreglándose cuidadosamente sobre el muslo, presto a ser desenfundado. Tranquilos, se dirigieron hacia la oficina de la ley en Hantville.

CAPÍTULO II

Tranquilos, pese a que apenas salir a la calle comenzaron los disparos, cuyos estampidos se mezclaron con los cristales rotos.

Ya no se veía a nadie en la calle.

Excepto tres hombres, que eran quienes disparaban contra la oficina del alguacil, inundándola de plomo y reventando todas las ventanas a balazos.

Los Doncaster.

Estaban bien distribuidos en la calle, ocupando tres puntos de acoso. Más allá de la oficina de Weston había un caballo amarrado a la barra, que se agitaba nervioso, hasta el punto de que el hombre que había cruzado en la silla estaba resbalando por ésta, a punto de caer al polvo de la calzada.

—Parece que la cosa va en serio —comentó Mac Nully.

Luke Mackey rió.

—Matarán al alguacil. ¡Oh, malditos sean, tenía la esperanza de ser yo quien lo hiciese!

—No hablas en serio.

—Seguro que sí, Clark. El tipo se estaba poniendo muy cargante conmigo.

—Tiene sus razones.

—Y tú también me estás fastidiando, Clark. Si te vistieses de negro podrías pasar por un pastor de almas. ¿Por qué no te vas al diablo de una maldita vez?

—Algún día me enviarán allá. Y a ti, Luke.

—Será interesante ver quién lo logra, ¿eh?

—Cualquiera. Cualquiera día, en cualquier momento.

—Cállate ya.

Los dos pistoleros, impávidos pese a los plomos que zumbaban cerca de ellos, llegaron casi ante la puerta de la oficina del alguacil de Hantville.

—¡Eh, Mackey! —tronó una voz ronca, furiosa—. ¡Apártate de ahí si no quieres engordar con plomo!

Luke sonrió.

Los tres Doncaster, que querían vengar a su hermano, habían dejado de disparar un momento, que aprovechaban, sin duda, para recargar sus revólveres.

—Estoy dispuesto a ayudaros Sol.

—¡No necesitamos ayuda! Tú y Mac Nully podéis largaros ahora mismo de ahí. Esto es cosa nuestra.

—Me aseguraré de eso, chicos.

—¡No tienes que asegurarte de nada! ¡Quita de ahí!

Para respaldar la seca orden, Sol Doncaster disparó dos veces, de manera que los plomos se clavaran en la pared, a menos de un pie de la cabeza de Luke Mackey.

Un grito de miedo a la izquierda de éste le indujo a volver la cabeza.

Bueno, allí estaba Loretta Evans, mirándole con los ojos muy abiertos, la boca temblorosa y el rostro palidísimo.

—¡Luke! —llamó, angustiada.

Mac Nully estaba liando otro cigarrillo. La cosa no iba con él, aunque quienes le conocían a él y a Mackey sabían que cuando aquél desfundase el revólver, fuese con las intenciones que fuese, el de Mac Nully apoyaría sus disparos.

—¡Maldita perdida! —rezongó Mackey—. ¿Qué diablos quiere ahora? ¿Asegurarse el cliente para esta noche?

—No seas brutal, Luke. Loretta te ama.

—Me ama, ¿eh? Está bien. Ahora va a tener ocasión de demostrármelo.

—¿Cómo?

—Ya lo verás. Bueno, salgamos de aquí. Todavía no sé si vale la pena irritar más a los Doncaster. Suponer que ese rural que hay ahí dentro herido pueda ser tu amigo, Luke, me parece una tontería.

—¿Por qué?

—¡Psé!

—De todos modos, me enteraré de su nombre... Y la cosa va a servir para que Loretta me demuestre ese amor que tú aseguras siente por mí.

—¿Qué piensas hacer?

Estaban ya cerca de Loretta y los Doncaster habían reanudado el furioso tiroteo contra la oficina del alguacil, que replicaba espaciadamente a los disparos, manejando sin ningún resultado un viejo Winchester.

Estaban ya junto a Loretta, que si bien había recuperado un poco el color no podía evitar el temblor de los labios ni la mirada angustiada, que parecía querer fundirse con la de Mackey.

—Hermosa Loretta, ¿es cierto que me amas?

El tono de Mackey era decididamente irónico, burlón. Loretta miró a Mac Nully y luego otra vez a Mackey.

—Sí, Luke.

Mackey abrió la boca, asombrado.

—No me digas, belleza...

—No te burles de mí, Luke... Es cierto... Yo...

—Tú me amas. Ésta sí que es buena de verdad. Y... ¿puedo saber por qué?

—¿Por qué? No lo sé, Luke.

—Estamos en paz de los cien dólares, Luke... y ni siquiera sé si esta noche los hubieses ganado.

—¿Lo dudas? Bueno, si me ama...

—Precisamente. ¿Te has detenido alguna vez a intentar comprender a las mujeres?

—No me gusta perder el tiempo.

—No es perder tiempo, créeme. Fíjate, la mujer que te ame puede entregarse a cualquier hombre por dinero. Pero casi siempre evitará entregarse a ti... y mucho menos por dinero.

—Eso son tonterías.

—¿Sí? Díselo tú, Loretta.

—Mac Nully tiene razón, Luke. Pero yo..., yo haría siempre lo que tú quisieras. No tengo nada que perder..., y si podía ganar tu amor...

—¿Mi amor? —gruñó Mackey—. ¡Está bien, dejémonos de tonterías, preciosa! Ni tú ni yo podemos amar a nadie. Di que podemos tener caprichos y todos contentos...

—No, Luke.

—Será mejor que no me irritéis —estaba a punto de emerger el brillo malévolos en los ojos de Mackey—. Todo eso son tonterías, y basta ya.

—Espera, Luke —murmuró Mac Nully—. ¿No decías que ibas a comprobar si Loretta te ama?

Una cruel sonrisa apareció en los labios de Mackey.

—Es cierto, es cierto... ¿Estás dispuesta, Loretta?

—¿A demostrarte que te amo, Luke?

—Eso es.

—Sí.

—Está bien... ¡Muy bien! Allí están los Doncaster y allí el alguacil. Ni unos ni otros consentirían que yo me acercase a la oficina para saber quién es

el rural que ha llegado herido, perseguido por los Doncaster. Acércate tú.

Loretta palideció de nuevo ligeramente, porque sabía que era verdad lo que Mac Nully comentó.

—¿Acercarse ella, Luke? ¡Los Doncaster son capaces de matarla si creen que va a entorpecerles en sus propósitos!

—Es cierto —rió Mackey—. Pero precisamente en una situación de peligro es como se demuestra el verdadero amor. ¿No es cierto, Loretta mía?

La mujer se agarró con ambas manos a la cazadora de Mackey.

—No puedes pedirme eso, Luke...

—¿Por qué no?

Ella alzó el rostro y consiguió llegar con sus labios a los del pistolero.

Brevemente, porque Mackey la apartó rudamente, y de un violento bofetón la tiró contra la pared.

—¡Guarda tus besos para quien los pague! A mí sólo tienes que demostrarme que me amas de verdad... ¡Bah! ¡Lárgate de aquí, perdida! Como siempre, me las arreglaré solo.

Mac Nully susurró fríamente:

—A veces, Luke, me pregunto si mereces mi amistad... o la de cualquiera.

—Y yo pregunto si quien tanta amistad me demuestra no espera un pago.

Clark Mac Nully palideció intensamente, fijos sus grises ojos en los oscuros de Mackey. Ninguno de los tres personajes parecía darse cuenta de que más allá los Doncaster y el alguacil continuaban disparando sin cesar y que eran los únicos que se atrevían a permanecer en la calle.

—¿Qué pago puedo esperar, Luke? —susurró Mac Nully—. ¿Se te ha ocurrido cuál es el precio de mi amistad?

—Está bien, Clark; lo siento. Tú y yo somos amigos. Eso es algo que sí vale la pena. Tienes que olvidar lo que te he dicho. No me guardes rencor.

Mac Nully se preguntó por qué sentía aquella debilidad por Luke Mackey. Era despiadado, cínico, frío, indiferente ante la muerte, que muchas veces ocasionaba con un disparo certero a una distancia tal que hasta entonces no había encontrado enemigo. Y su indiferencia se extendía, llegando a la crueldad, a muchas más cosas y ocasiones.

—No te guardo rencor, Luke. ¿Vas a pedirme que sea yo quien se atreva a interponerse entre los disparos de los Doncaster y el alguacil?

Luke Mackey sonrió con soberbia.

—Lo haré yo. Los Doncaster no...

—Yo iré.

Los dos pistoleros miraron a Loretta, que había quedado apoyada en la pared, llorando silenciosamente, fijos sus bellos ojos verdes en el cruel pistolero.

—¿Tú? —rió Mackey—. Está bien, dulce enamorada, demuéstreme lo mucho que me amas. Entérate del nombre de ese rural.

Loretta comenzó a caminar por la acera de tablas en dirección a la oficina de Alex Weston.

Mac Nully dijo ásperamente:

—Supongo que no la dejarás llegar allá.

—¿Por qué no? —volvió a reír Mackey—. ¿Por qué diablos tengo que privarle del placer de demostrarme que está loca por mí? Ni siquiera los bestias de los Doncaster podrán disparar contra tan bella y dulce muñeca.

Clark Mac Nully optó decididamente por callar. La amistad entre dos hombres es una cosa rara en la mayoría de ocasiones. Se juegan la vida el uno por el otro, pero en ciertos momentos los derechos que concede una amistad así quedan ahogados, son insuficientes para inducir al compañero a un comportamiento que se juzga equivocado. Todo lo que resta hacer en semejantes ocasiones es ayudar luego al amigo a enmendar su error..., si ello resulta posible una vez cometido.

No hubo error.

En efecto, ni siquiera los bestias de los Doncaster pudieron disparar contra tan bella y dulce muñeca, como había asegurado irónicamente Mackey. Loretta llegó ante la oficina que defendía Alex Weston, y sin hacer caso de los gritos airados, furiosos de los Doncaster abrió la puerta y se coló dentro.

El silencio volvió a reinar en la calle principal de Hantville.

Mac Nully no pudo contenerse:

—Supongo que estarás satisfecho, Luke.

—Todavía no —sonrió Mackey—. Lo estaré si consigue decirme el nombre de ese rural.

—¡Mackey! —trotó la voz de Sol Doncaster—. ¿Qué diablos estás tramando?

Luke caminó unos pasos para acercarse a donde estaba Sol.

—Eso es cosa mía, Doncaster.

—No te pongas tonto, Mackey. Ni te creas invencible. ¿Qué lío te traes con Loretta Evans?

—Está loca por mí —rió Mackey—, de modo que será mejor que olvides esto, Doncaster. Todo lo que tienes que hacer es esperarla que ella salga... y continúas disparando.

—Mackey, si crees que...

—Ssst. Ahí viene Loretta. ¿Piensas disparar, Sol?

Sol Doncaster miró a sus hermanos. Él era el mayor, y por lo tanto, el que tomaba las decisiones. Hasta entonces, los cuatro Doncaster habían sido una plaga allá donde pusieran los pies. Eran duros, feroces, violentos...

Eli y Carl Doncaster se limitaron a esperar la decisión de su hermano mayor. Los tres estaban sudorosos, llenos sus rostros del barro que se formaba por la mezcla del polvo y de aquel abundante sudor. Rostros congestionados por el odio, ojos brillantes.

El hombre que había matado a su hermano no podía vivir mucho tiempo.

Cuando Sol Doncaster volvió a mirar a Mackey, éste tenía la mano sobre el revólver, con una indiferencia que no engañó a los Doncaster.

—No dispararemos contra Loretta, Mackey... Pero luego nos veremos..., aunque sea a sesenta metros.

Luke Mackey sonrió fríamente. Tres contra uno nunca da buenos resultados para el uno. Pero estaba Clark Mac Nully. Y si Clark intervenía, la proporción se convertiría en desfavorable para los Doncaster.

Sí, estaba Clark Mac Nully, su amigo.

Loretta llegó ante los dos pistoleros.

—Has impedido que disparasen, Luke...

—No digas tonterías. No han disparado porque no han querido. De todos modos, lo que me interesaba a mí era que llegases aquí con la vida suficiente para decirme ese nombre.

—No puedes ser tan cruel, Luke, No...

—Dejémonos de tonterías. ¿Y bien? ¿Cómo se llama ese rural?

—Morton Sterling.

Mackey y Mac Nully se miraron rápidamente.

—¿Te lo ha dicho el alguacil?

—Claro. Lo primero que hizo cuando llegó el rural fue asegurarse de quién era. Como estaba herido y no podía hablar...

—¿Está malherido?

—No, no demasiado. Lo que ocurre es que en estos momentos está sin sentido. Alex Weston ha dicho que mientras él esté vivo no dejará que nadie se acerque al rural.

—Nadie, ¿eh? Resulta que, de pronto el alguacil se nos ha convertido en un héroe. Yo te diré lo que ocurre: tiene miedo.

—¿Miedo? Pero...

—Miedo, preciosa. Primero se las quiso dar de valiente y cumplidor de la Ley. Un rural tiene derecho a pedir ayuda, y Weston se dijo que no le costaba nada atender a uno de ellos herido, y que ni siquiera podía pedirla. No le costaba nada... hasta que llegaron los Doncaster. Lo primero que hicieron fue acorralar al alguacil a tiros, y éste replicó al ataque. Ahora, está tan metido en esto, ha entrado tan de lleno dentro de la furia de los Doncaster, que sabe que si sale, aunque sea dejando al rural en manos de ellos, lo van a destrozar a balazos. Y no le queda más remedio que continuar siendo un héroe. Al fin y al cabo, ahora ya no se trata sólo de la vida del rural, sino de la suya propia.

—Tan penetrante unas veces y tan obtuso otras —se burló Mac Nully. Levantó rápidamente las manos, sonriendo—. Eh, eh, quieto, Luke, fue una broma.

—Siempre tan gracioso.

—Bueno, ¿qué piensas hacer?

Mezclado con los estampidos que de nuevo atronaban la calle, llegó claramente hasta ellos un grito de dolor. Y casi enseguida, la voz de Sol Doncaster:

—¡Eli, he herido a Weston! ¡Ve por la derecha...!

Eli obedeció, como siempre, a su hermano. Apareció de detrás de un abrevadero, y corrió, inclinado, hacia la acera en que estaba la oficina del alguacil.

Pero apenas había dado dos pasos cuando el tronar del rifle de Weston cortó su carrera. Eli Doncaster rodó varias veces sobre sí mismo hacia la acera, aunque de lado.

Carl se puso en pie, pálido.

—¡Eli...!

Otro estampido de rifle subrayó la imprudencia de Carl Doncaster, que fue empujado hacia atrás por el grueso plomo. Afortunadamente para él, cayó detrás de los barriles en que había estado escondido. En el acto, asomó la cabeza por un lado.

—¡Sol, me ha dado en un hombro...! Eli está...

—¡Estoy bien! —gritó Eli.

Se había puesto en pie, y corría cojeando penosamente hacia el objetivo que le había fijado poco antes su hermano mayor: hacia la oficina donde Alex Weston estaba demostrando que, con miedo o no, un hombre puede defenderse aceptablemente.

Mac Nully y Mackey comprendieron lo que se proponía Eli: llegar a una de las ventanas, aparecer de improviso en ella, y disparar a quemarropa contra

el herido Alex Weston.

La ventana distaba unos sesenta metros del grupo compuesto por Mackey, Mac Nully y Loretta.

—¿Me preguntas qué pienso hacer, Clark? ¿Qué piensas hacer tú? ¿Ayudarme?

—¿Ayudarte? ¿A qué? ¿A salvar la vida a un rural?

—A ese rural, Clark.

—No, Luke.

Luke Mackey miró incrédulo a su amigo.

—¿Has dicho que no, Clark?

—He dicho que no. Y te voy a decir por qué. En primer lugar, ese rural ha venido a por nosotros...

—¿Estás loco?

—¿Loco? Ni mucho menos. Te lo dije, Luke. Esos tipos saben más de lo que nosotros nos creemos. Han venido por el asunto de los rifles para los mexicanos. ¿Para quién trabajamos, nosotros?

—¡Al diablo eso!

—No. No, Luke, al diablo eso, no. Tú y yo hemos cobrado un anticipo. ¿Sabes lo que eso significa? Debemos cumplir nuestra palabra. Un anticipo. Yo estoy de parte de quien ya me ha pagado parte de un trabajo que todavía no he hecho.

—Tú y nuestro código —masculló Mackey—. Está bien, Clark. Yo voy a ayudar a Sterling. ¡Y no me importa ninguna otra cosa! Tengo una deuda con Morton mucho mayor que con quien me ha dado un anticipo.

—Tú sí la tienes. Yo no. Resuelve tú solo esta cuestión personal, Luke. Lamento que mi modo de ver las cosas me impida ayudarte. Lo siento de veras...

Luke Mackey había achicado los ojos que mantenía fijos en su amigo.

—Cobarde —susurró.

Clark Mac Nully palideció hasta la lividez. Su cuerpo se estremeció violentamente, y sus manos sufrieron una sacudida nerviosa hacia el revólver que consiguió controlar.

—Luke: salva a tu amigo. Es una deuda que tienes con él: Luego, quizá haya llegado el momento de demostrarle que yo también puedo acertar el corazón de un hombre a sesenta metros.

Mackey sonrió torcidamente.

—Sí, quizá haya llegado la hora... El bueno y noble pistolero Clark Mac Nully... ¡Estúpido!

Luke Mackey cogió desprevenido a Mac Nully. Cuando éste comprendió lo que iba a ocurrir, la veloz mano de Mackey había desenfundado ya el revólver y estaba levantando, simultáneamente, el percutor.

—¡No, Luke...! —chilló Loretta.

Su voz la cortó el estampido del disparo. Luego, tosió, cuando el humo de la pólvora se pegó a su delicada garganta.

Clark Mac Nully estaba en el suelo, inmóvil, y por su chaleco se extendía ya una mancha de sangre.

—¡Oh, Dios mío...! ¡Luke, era tu mejor amigo, te quería, siempre estaba preocupado por ti, por tu crueldad...! ¡Eres un malvado, Luke, no mereces...!

—¡Cállate, perdida!

Una terrible bofetada tiró brutalmente a Loretta Evans contra la pared, como pocos minutos antes. Prescindiendo de ella, Mackey se volvió como una fiera hacia la oficina del alguacil, justo en el momento en que Eli Doncaster, tras arrastrarse dificultosamente, debido a su pierna herida, llegaba bajo la ventana.

Casi sesenta metros... y un hombre que no esperaba un ataque semejante.

Eli se puso en pie inesperadamente, apuntando el revólver hacia dentro de la oficina por el recuadro de uno de los destrozados cristales.

Y disparó.

Luego, se volvió, gritando, hacia la calle:

—¡Le he dado! ¡Eh, he matado al alguacil, venid...!

Luke Mackey disparó fríamente en aquel momento.

La bala acertó a Eli Doncaster en la sien izquierda, reventándole aquel lado de la cabeza, cuyas salpicaduras de sangre, masa encefálica, cabellos y hueso, se incrustaron en todo el porche, diseminados. Todavía estaba Eli girando por segunda vez sobre sí mismo, y ya Mackey había disparado otra vez.

Esta vez, el blanco elegido fue Sol Doncaster, que recibió un plomo en la base del cuello. Emitió un extraño y fuerte ronquido, y cayó al suelo, de cara, soltando el revólver.

Carl Doncaster, no recuperado totalmente de su desconcierto, se había vuelto ya hacia Mackey, y aunque consiguió disparar dos veces, sus plomos fallaron el blanco. Luke Mackey no falló.

Total, ni siquiera cuarenta metros.

Carl Doncaster recibió la bala en el corazón, y pareció que hubiesen tirado de él hacia atrás por una cuerda amarrada a su cintura. Luego, quiso caminar hacia adelante, pero fallaron sus piernas. Cayó de rodillas, de cara...

Nadie apareció en la calle hasta que Luke Mackey llegó ante la puerta de la oficina. Entonces, sí, numerosas personas parecían esperar a que el despiadado pistolero entrara, desapareciendo de su vista.

Mackey sonrió despectivamente. Al fin y al cabo, por mucho que le despreciaran a él más deberían despreciarse a sí mismos. ¿Acaso le correspondía a él, un forajido, defender a quien defendía la Ley? ¿No eran los ciudadanos honrados quienes debieron haber ayudado a Alex Weston a salir de aquel apuro?

Ah, no... Alex Weston cobraba sesenta dólares, ¿no? ¡Pues que se las arreglase él solito! Y luego, aquella gente, salía a mirarle a él con desprecio... y miedo.

¿Y la vergüenza? ¿Se olvidaban de ella?

¡Al diablo todos! Él no había hecho aquello por ayudar a Alex Weston, naturalmente. Lo había hecho por Morton Sterling. Y ni siquiera por Morton Sterling en sí, sino por él mismo, por Luke Mackey, cuya soberbia le impulsaba a devolver el favor que recibiera tiempo atrás, Morton Sterling le salvó la vida... ¡Pues iba a salvar la de Morton Sterling!

Y... ¡en paz! Eso era lo único que le impulsaba: no deber nada a nadie.

Cuando entró en la oficina, no vio a Morton, pero sí a Alex Weston, que yacía cara al techo, con los ojos muy abiertos y una gran mancha de sangre sobre el pecho.

—¡Morton!

Nadie contestó. La oficina no era demasiado grande.

Ni siquiera tenía departamento de celdas, sino una habitación enrejada, a un lado.

Y otra puerta, junto al tablero de pasquines, que se abría hacia la pared de la derecha, donde estaba el armero con tres rifles, y también el perchero. El sombrero aquel debía ser de Alex Weston.

Mackey desenfundó el revólver, asió el pomo de la puerta y abrió.

El leve crujido de un percutor al ser alzado le hizo sonreír.

—Si quieres matar al único hombre que puede ayudarte en Hantville, Morton, dispara ya.

Oyó un jadeo de sorpresa. Riendo, Mackey salió de la pequeña habitación dormitorio de Weston. Regresó pronto, con un quinqué ya encendido. Entró de modo que la luz le iluminase claramente las facciones.

—Lu-Luke... Ma-Mackey...

—El mismo, Morton. La vida da muchas vueltas. Es una cochinateda, lo sé, pero ¿qué podemos hacer?

Era un cuarto muy pequeño, en el que a duras penas cabía el camastro en que yacía Morton Sterling, con el pecho ensangrentado en el costado derecho.

Morton Sterling tenía treinta años, era fuerte y alto, y sus facciones parecían de piedra. Sus duros ojos oscuros aparecían opacos en aquella ocasión, y su boca, firme, se crispaba en un gesto de dolor que no conseguía disimular.

Mackey señaló el revólver que todavía, aunque un tanto temblorosamente, le apuntaba.

—¿Piensas matarme, Morton?

—¿Qué... que ha-haces... a-a-aquí...?

—Poca cosa. He venido a jugarme un centavo. Morton.

—¿Un... cent-centavo...?

—¡Eso es! —rió Mackey—. En cierta ocasión me dijiste que mi vida no valía más de un centavo... ¿Quién da importancia a un centavo?

Morton Sterling se dejó caer de nuevo en el camastro, con un suspiro. Su mano continuaba empuñando el revólver.

—De-debiste salir de... de Texas, Luke...

—¡Bah! Dejemos eso ahora. Estaba en lo del centavo, Morton. ¿Sabes? tu vida tampoco vale más de un centavo.

—¿Qué... qué...?

—Está claro, hombre. Si yo no valgo más de un centavo, y soy la única ayuda que tienes, se entiende que dependes de un centavo. Por lo tanto, tú tampoco vales más de un centavo... ¿Qué tal está Ruth, Morton?

—No... no te importa...

—¿Y el chico? ¿Cómo está el pequeño?

—Luke...

—Oye, por cierto, ¿cómo se llama tu hijo?

—Lew... ¿Qué... qué te propones, Luke?

—Salvarte. Pero quiero que te des cuenta de lo meritorio de mi acción. Cuando tú me salvaste a mí, salvaste únicamente un centavo. Tu perdón, tu ayuda, tu amistad para dejarme escapar, sólo valía un centavo. ¿Cuánto vale mi ayuda, Morton? ¿Cuánto daría tu mujer por ti? ¿Y tu hijo? ¿Cuánto darías tú por estar seguro de que volverás a verlos?

Morton Sterling se incorporó otra vez. Sus ojos habían conseguido acumular un poco de su dureza habitual.

—Sal de aquí, Luke... Mar... márchate ante de que...

—No seas estúpido.

—Vete, Luke...

—¡Bah! No vas a conseguir impresionarme, ¿te enteras? Quiero sacarte vivo de aquí... y ni siquiera tú serás capaz de impedírmelo...

De pronto, Luke Mackey saltó hacia el quinqué y lo apagó de un soplo. Inmediatamente, se dejó caer de rodillas al suelo, mientras desenfundaba el revólver.

Afuera, alguien carraspeó. Y luego, una voz no demasiado clara pese al carraspeo, informó:

—Soy... soy Sandor Talmage, el... el alcalde de Hantville. ¿Está usted ahí, señor Mackey?

CAPÍTULO III

Luke Mackey se puso en pie, se acercó cautelosamente a la puerta del cuartucho, y, después de colocarse a un lado, la abrió.

—Soy... soy el alcalde, señor Mackey...

La voz había sonado tan cerca que Luke comprendió que casi podía tocar al hombre sólo con sacar el brazo. Pero no sacó el brazo fuera de la habitación, sino que saltó él, quedando casi pegado a un hombre, que respingó asustado.

—Quieto, amigo —gruñó; Luke; clavándole el cañón del revólver en el más regularmente abultado abdomen—. No me fío de los que se juegan el pellejo tan tontamente como usted lo está haciendo.

—No... no llevo armas.

La mano izquierda de Luke recorrió rápidamente los rollizos contornos de Sandor Talmage, alcalde de Hantville, ciudad fronteriza.

—Está bien —aceptó al fin—. Ahora busque por esta oficina un quinqué. Supongo que el alguacil tendría más de uno.

La leve claridad que entraba desde la calle fue suficiente para que Luke se convenciese de que el asustado alcalde obedecía exactamente todas sus indicaciones...

—Ahora, señor alcalde, siéntese en el sillón del alguacil.

El hombre tragó saliva con dificultad.

—Pero yo he venido...

—¡Obedezca!

—Sí, señor Mackey...

Luke se echó a reír burlonamente. Todo un alcalde, que quizá pocos minutos antes lo hubiese mirado despectivamente, a un pistolero como él, le llamaba ahora «señor Mackey».

Cuando Talmage se hubo sentado, Luke gruñó:

—Y ahora, diga a qué ha venido.

—He venido a... Bueno, esa bailarina, Loretta Evans, me ha dicho que lo que usted se propone es salvar la vida al rural. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—Yo... he venido a ayudarle. Ese muchacho que dicen ha llegado herido, debe estar por estos alrededores con cierto cometido que cumplir. Sería interesante que dijese en qué consiste su misión... por si... por si...

—¿Por si muere continuarla otros?

—Sí, señor Mackey.

Mackey estaba detrás de Sandor Talmage, en la zona completamente oscura, donde ni siquiera llegaba el débil resplandor de la luz de la calle.

—No está mal pensado —aprobó Luke—. Lo más conveniente sería que dijese a alguien lo que sepa sobre el asunto de que se trata, por si a él le ocurriese algo, ¿no?

—Algo así había pensado yo.

—Está bien. Aunque a Morton no le va a pasar nada, nos enteraremos de qué hace por aquí. Es una buena idea, alcalde. Mientras yo la pongo en práctica, usted vaya a buscar a un médico... y hasta podría poner un telegrama al cuartel general de los rurales en Santone.

—Ésa también es una buena idea, señor Mackey. Y yo todavía tengo otra para exponer.

—Adelante.

—Puesto que usted parece colocado al lado de la Ley..., ¿qué le parece si le nombro *sheriff* interino?

—¿Está borracho, alcalde?

—No. Es... es una garantía para usted. Como alcalde, puedo tomarle juramento para el cargo. Siendo *sheriff*...

—Y nada menos que *sheriff*, ¿eh? ¿Y por qué no marshal? Todavía tendría más autoridad.

—Bueno, al decir *sheriff* quería decir concretamente alguacil en Hantville.

—He perdido categoría. Y usted ha perdido el seso. Lárguese de aquí y no diga más estupideces. ¡Alguacil! Diga por ahí que ha propuesto eso a Luke Mackey y se reirán de usted hasta los caballos.

—Yo... yo lo hacía para que usted estuviera más protegido.

Luke Mackey rió agudamente. Sin duda, la ingenuidad de aquel tipo corría pareja con su gordura.

—¿Usted cree que corro peligró?

—Pues... Si han querido matar al rural una vez... Bueno, usted ha disparado contra uno de sus propios compañeros, y...

—¡Deje eso, maldito! ¿Qué es, concretamente, lo que está dando a entender?

—Usted..., usted es muy... nervioso, señor Mackey.

—No diga estupideces, alcalde. Mis nervios son los mejores que podría usted encontrar en todo Texas. Diga lo que se le ha ocurrido y lárguese de una vez.

—Usted, y ese Mac Nully, y los Doncaster llegaron casi a la vez. Alex Weston dijo que estaban tramando algo, que eran una banda. Si usted ha matado a los Doncaster y a Mac Nully, los demás lo deben considerar como una traición. Y más, sabiendo que usted se propone defender la vida del rural.

—¡Qué listo es usted, alcalde!

—La idea primera que es de Weston, no mía.

—Pues Alex Weston fue muy listo. Y, en resumen, quizá sí que corro peligro. De acuerdo en eso. Pero dejémonos de tonterías de juramentos de cargos, y de palabrería inútil. Lárguese de aquí, imponga ese telegrama a los rurales, y haga venir a un médico para que atienda a Morton. Eso es todo.

—El médico quizá tarde un poco.

—¿Por qué?

—Estaba... atendiendo a ese Mac Nully.

—¿Acaso no murió?

—No. Seguramente no se salvará, pero todavía estaba vivo hace unos minutos.

—El buen Clark —rió, duramente, Mackey—. Bueno, ojalá se salve. Hasta la vista, alcalde.

—¿No quiere decirme lo que hacían ustedes en Hantville? También tendría que estar en conocimiento de lo que vino a hacer por aquí ese rural. Quizá...

—Cada cosa a su tiempo. Adiós.

El sillón rechinó cuando Sandor Talmage se puso en pie. Lentamente, se dirigió hacia la puerta. Su redonda figura destacó claramente en la oscura oficina al quedar recortada contra las luces de la calle.

Una figura se cruzó con él en la puerta, pero Luke Mackey no disparó.

Todavía no se había decidido a disparar nunca contra una mujer. Además, a aquélla la conocía. Una sonrisita asomó a sus labios cuando oyó:

—Luke, soy Loretta. He... venido a ayudarte.

—¿A ayudarme? ¡Estupendo! —rió—. Ahora es cuando todo está solucionado.

Loretta Evans lo localizó por la voz, y se dirigió hacia él, hasta quedar ocultos los dos en la zona de sombra. Loretta alzó los brazos hasta el cuello

del pistolero, y sus labios se aplastaron cálidamente contra los del hombre, duros, ásperos.

Loretta Evans se sintió feliz durante los segundos que duró aquel beso, pese a que Luke Mackey no correspondió en absoluto a la caricia.

Cuando se apartó de él, Mackey comentó fríamente:

—No cabe duda de que sabes besar, preciosa. Eso requiere mucho tiempo de prácticas, creo yo. Es como manejar el revólver. Hay quien cree que cuando acierta por primera vez un barril a veinte metros, ya es un tirador excepcional. Y no. Un revólver, para ser bien manejado, requiere una dedicación casi completa a él durante años enteros. ¿Cuántos años llevas utilizando tus labios, muñeca?

Loretta apoyó su cabeza en el pecho del pistolero.

—Muchos, Luke. No sé cuántos..., pero muchos. Tú tienes razón, Luke: soy una pérdida. Pero te quiero.

—¿Y qué? ¿Eso lo borra todo?

—No, lo sé. No borra nada —musitó tristemente la mujer—. Pero si tú quisieras, Luke...

—Lo único que puedo querer yo de ti, preciosa, es lo que parecía que iba a obtener esta noche en tu camerino por unos cuantos dólares...

—No hubieras obtenido nada, Luke... por unos cuantos dólares.

—Ah. ¿Muchos, entonces? ¿Cuántos, preciosa? Tengo curiosidad por saber eso.

—No hay precio para ti, Luke. Yo haría lo que tú quisieses siempre, con tal de estar a tu lado.

—Esto tiene gracia. Te buscas un hombre que te gusta, y le dices que harías lo que él quisiese con tal de estar a su lado. ¿No se te ha ocurrido que ese hombre puede encontrar una mujer tan obediente y sumisa como tú... y en mejor estado?

—Luke, tus palabras... me hacen daño...

—¡Bah! Pura comedia, Loretta linda. Y ahora, dime de una vez qué es lo que te ha traído aquí.

—Ya te lo he dicho: ayudarte.

—¿Cómo? ¿Abrazándome y besándome?

—Por favor, Luke.

—Escucha esto, y verás como tu amor y tu fidelidad desaparecen, Loretta: si te quedas morirás.

—Lo sé, Luke.

—¿Lo sabes?

—Sí.

—¿Sabes que ahora ese tipo del General Store llamado Denis Tunstoll enviará contra nosotros a los demás hombres que alquiló? ¿Sabes que Orson, Holligan, Coogan, Milton, Patton, Wells... y posiblemente algún otro vendrán a matar a cuantos estemos cerca del rural, defendiéndolo?

—Sí que lo sé, Luke. He estado con ellos ahora mismo.

—¿Eh?

—Holligan y Milton se llevaron a Clark Mac Nully al saloon, mientras otro iba a buscar al doctor Malden para que atendiera a Mac Nully. Trajeron al doctor, que ya ha curado la herida de Clark.

—¿Se salvará?

—El doctor Malden dice que sí. De momento, no conviene moverlo en absoluto. Entre cuatro de vuestros compañeros han subido la mesa en que está Mac Nully a una habitación, y tienen con ellos al doctor, prisionero.

—¿Prisionero? ¿Por qué?

—Para que salve la vida de Mac Nully. No se irá de allí hasta que Clark esté fuera de peligro.

Mackey rió ásperamente.

—Eso es compañerismo, ¿no?

—No del todo, Luke. Lo que ocurre es que no quieren dejar libre al doctor Malden para que no pueda venir a atender al rural.

—¡Oh, caramba!... ¿Es muy viejo el doctor?

—¡No! Más o menos, como tú. Está... Bueno, todos en Hantville saben que está loco por la hija del alcalde, Mae Talmage.

—Es verdad que el alcalde tiene una hija. ¿No es aquella rubita, ojos azules y boquita roja, muy... muy bien preparada?

—Sí.

—La he visto alguna vez. Y alguien hizo un comentario... Es bonita... Lástima no haberlo pensado antes. Quizá el alcalde hubiese sido tan amable de enviármela —se echó a reír—. ¡Ésa es una mujer que uno puede aceptar a ciegas! Y hasta es más joven que tú, Loretta. Quizá ni siquiera tenga veinticinco años...

—Por Dios, Luke... Te lo suplico...

—¡Déjame en paz de una vez! Y deja de abrazarme. Creo que estás loca, Loretta. Si sabías que Holligan y los demás van a venir a por el rural y quien intente defenderle, ¿por qué has venido tú aquí?

—Porque te amo, Luke.

—¡Y dale! Bueno, márchate; si salgo de ésta ya seré complaciente contigo.

—No pienso irme. No me iré aunque me mates Luke. Y sé que eres capaz de hacerlo.

Luke Mackey permaneció inmóvil unos instantes. Delante suyo oía la respiración agitada de Loretta Evans, y el cálido aliento de la bella mujer llegaba hasta sus labios como un vientecillo extrañamente agradable, desconocido para el despiadado pistolero Luke Mackey, capaz de intentar asesinar a su mejor amigo, al noble pistolero Clark Mac Nully. Y capaz también, aunque por soberbia, de jugarse la vida para no deber nada a otro nombre que fue igualmente su mejor amigo.

Por fin Mackey habló, fríamente:

—Tu amor, Loretta, sólo puede producirme asco —Loretta contuvo un gemido, un sollozo de dolor, que fue sólo un leve ruido a los oídos de Mackey—. Pero si quieres quedarte, hazlo. Siempre he dicho que cada uno puede disponer de su vida libremente.

Loretta sorbió silenciosamente las lágrimas que Luke Mackey no podía ver en la oscuridad.

Conteniendo su angustia, hasta el punto que su voz llegó normal a los oídos de Mackey, Loretta Evans musitó:

—Gracias, Luke.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por dejarme morir contigo.

—¡Basta de tonterías! Si crees...

Luke Mackey empujó fuertemente a Loretta, al tiempo que saltaba tras la mesa de la oficina del fallecido Alex Weston. Su revólver, con artificio de lenguas rojo-violáceas, lanzó plomo candente hacia la puerta y la reventada ventana.

Alguien gritó afuera. Una de las sombras se dobló, acompasando este movimiento al grito.

Desde su buena posición Mackey disparó contra la otra sombra que acudió a sostener a la primera, y esta vez fue el grito más desgarrador, agónico...

Clic.

Luke Mackey lanzó una maldición al oír el característico ruido del percutor golpeando en vacío. Frenéticamente comenzó a introducir plomos de las presillas de su cinto en los compartimentos del cilindro de su revólver, abierto por la mitad, de cañón basculante, mientras un sudor frío se extendía

por su frente al comprender su error de no haberse provisto de más armas antes que nada.

Alguien gritó:

—¡Se le han acabado las!...

Mientras gritaba esto, el hombre se lanzó al interior de la oficina, revólver en ristre.

Mordiéndose los labios, Luke Mackey hizo lo único posible en aquellas circunstancias: se puso en pie, tras cerrar rápidamente el revólver, y comenzó a golpear el percutor con el canto de la mano izquierda, mientras la derecha apretaba continuamente el gatillo.

En los dos segundos escasos que invirtió el cilindro en girar hasta que uno de los compartimentos llenos se colocó ante el percutor, la angustia atenazó fríamente el corazón despiadado de Luke Mackey.

Tan sólo había conseguido poner dos plomos en su revólver en el momento en que aquel hombre entraba gritando. Y esos dos plomos salieron en su busca, casi juntos, al mismo tiempo que el hombre, tras localizar a Mackey por el martilleo en vacío de su percutor, apretaba también el gatillo.

Mackey sintió un abrasador contacto en un lado del cuello, que a duras penas evitó delatar con un grito.

Pero el hombre que tan superficialmente había herido a Mackey no tuvo siquiera tiempo de intentar gritar, porque los dos plomos se habían clavado juntos en su corazón, empujándolo brutalmente hasta dejarlo cruzado en el umbral de la puerta que daba a la calle.

Otro más apareció por un lado de la ventana, llenando de frío el corazón de Luke Mackey.

¡Al diablo todo! ¿Cómo había llegado a creer que él solo sería capaz de contener a media docena o más de tipos tan peligrosos como él..., poco más o menos? Entonces tronó el rifle en el interior de la oficina y el hombre, aunque no alcanzado por el plomo, tuvo que saltar hacia el mismo lado por el que había aparecido, en un instintivo acto de conservación.

Dos disparos más del mismo rifle contuvieron los ímpetus de los atacantes.

Aprovechando la ocasión, Mackey recargó rápidamente su revólver. Luego, brillantes los ojos, tensos los nervios, esperó, parapetado de nuevo tras la mesa.

Silencio.

—Loretta —susurró.

—Sí, Luke.

—¿Estás bien?

—Sí, Luke. No te preocupes por mí.

—No digas tonterías. Lo único que me interesa de ti es que entres en ese cuarto y atiendas como puedas la herida del rural. ¿Has comprendido?

—Sí. Creí...

—Creíste mal. Tú te has metido en esto, ¿no? ¿Por qué tengo que preocuparme por ti?

—Tienes razón, Luke. Iré a curar al rural. Ya traje algo para vendarlo, y...

—Está bien, está bien. Un momento —Mackey alzó ligeramente la voz—. ¡Morton! Si me oyes, golpea con tu revólver en cualquier sitio.

Sonaron unos golpes sobre madera dentro del cuartucho.

—Está bien. Loretta Evans, una chiflada, va a entrar a hacer lo que pueda por tu herida. No dispaes. ¿Has comprendido?

Volvieron a sonar los golpes.

—Ahora puedes entrar, Loretta.

—Sí, Luke. ¿Quieres..., quieres el rifle o lo dejo otra vez donde estaba?

Luke gruñó:

—Déjalo donde estaba.

—Sí, Luke.

La oyó desplazarse hacia la puerta. La muy maldita le había salvado la vida, ésa era la verdad. ¿Hasta qué punto se estaría ufanando continuamente de ello?

Mackey se desplazó, arrodillado, hasta el armero. Quedó debajo de él, dudando. Los tres rifles estaban un tanto iluminados por la luz de la calle.

Se decidió a coger uno. Tenía el cañón caliente, por lo que comprendió que era el que había utilizado Loretta. Y de nuevo Luke Mackey rezongó, disgustado.

No debían vigilar en aquellos momentos, porque pudo apoderarse de los tres rifles y de las cajas de municiones que había cerca de las culatas.

CAPÍTULO IV

Loretta cerró cuidadosamente la puerta tras ella y se puso en pie.

—Soy Loretta —dijo.

—Ya..., ya lo sé. Venga..., venga hacia aquí...

Loretta adelantó con las manos por delante. La oscuridad allí dentro era total.

De pronto sus rodillas encontraron un obstáculo. Una mano se posó sobre una de sus piernas y luego ascendió hasta encontrar la suya de aquel lado, dándole algo.

—Son cerillas... El quinqué está...

—Ya lo veré cuando encienda una cerilla. No se preocupe por eso.

Y poco después Loretta pudo ver al hombre que había tendido en el camastro de Weston. Un hombre de mirada tan dura como Luke Mackey, un tanto velada en aquellos momentos. Tenía un revólver sobre el vientre y la mirada con fijeza...

Todo el lado derecho, del pecho estaba empapado en sangre. Loretta se mordió los labios, al tiempo que notaba frío en el rostro.

—Ha..., ha palidecido —sonrió dificultosamente el hombre—. ¿De veras cree que podrá... podrá hacer algo por mí, Loretta? Se lo agrada... agradeceré...

Sin molestarse en volverse de espaldas, Loretta subió un poco sus amplias faldas, hasta conseguir introducir la mano bajo ellas.

Y Morton Sterling volvió a sonreír cuando vio el paquete que la mujer sacó de allí.

—Le traigo... un poco de *whisky*. Y vendas que conseguí tomar del maletín del doctor Malden sin que los compañeros de Luke se diesen cuenta. Haré..., haré lo que pueda por usted...

Morton agarró ávidamente la botella, y cuando se la llevó a los labios pareció decidido a no dejar una sola gota del licor. Empero, no fue así.

Cuando se quitó la botella de los labios, suspiró fuertemente.

—Aunque sólo fuese por esto, Loretta, usted ya me resultaría simpática. ¡Dios! Un poco más y creo..., creo que me hubiese desmayado. Tengo la bala

dentro, ¿sabe?

Loretta palideció.

—Yo... yo no sabré sacársela...

Morton Sterling parecía hipnotizado con la botella. La acarició suavemente.

—Hay que reconocer que lo malo puede ser bueno en ciertas... ocasiones.

—¿Lo dice por mí?

—No —volvió a sonreír—, por el *whisky*. Ahora me encuentro mejor, con fuerzas para hablar... Dígame, ¿qué ha visto en Luke Mackey para amarlo de esa forma, Loretta?

—Creo..., creo que será mejor que antes que nada atienda en la medida de mis fuerzas su herida, señor..., señor Sterling.

—Es una loable decisión.

Loretta tuvo que romper la camisa por varios puntos para poder, dejar al descubierto la herida. Cuando la vio, pareció estar a punto de caer redonda al suelo.

Morton le tendió la botella.

—Creo que esto le irá bien, Loretta.

—Gra-gra-gracias...

La bailarina bebió un corto trago. Tosió.

—Parece que no está muy acostumbrada al *whisky*, ¿eh?

—No, no... La verdad es que casi nunca bebo...

—Comprendo. No es por ahí por donde se ha perdido, ¿eh? ¡Oh, perdone! No quise...

—No..., no se preocupe, señor Sterling. Usted sabe..., sabe más que yo de heridas... ¿Qué cree que tendría, que hacer con la suya?

—Me conformaré con que la limpie un poco y me vende con la suficiente fuerza para que la sangre no continúe brotando. Espero poder salir de aquí... muy pronto.

—Quizá si intentase extraer la bala.

—¡No! —rió el rural—. Mi piel es dura, pero no tanto. Todo lo que conseguiría sería despedazarme..., pese a sus buenas intenciones.

—Lo haría con cuidado...

—No, no. Es que además hay otro inconveniente: si me extrae la bala perderé el sentido... Y eso no me conviene de ninguna manera. ¿Me pasa la botella?

—¡Oh, sí! Claro...

Apretando los dientes para no gritar de dolor, el rural se había incorporado en el camastro. Agitó la botella y dijo:

—Puede empezar cuando quiera. Creo..., creo que el *whisky* servirá para quitar el polvo, ¿eh? Vamos, atrévase —sonrió—. Es a mí a quien le va a doler.

El rural bebió otro trago y tendió la botella a Loretta.

—Adelante. Limpie bien esta maldita herida.

—Sí, sí...

Morton Sterling echó los brazos atrás para apuntalarse con ellos en el camastro, ofreciendo al mismo tiempo más cómodamente la herida a los manejos de la mujer.

Loretta cerró un momento los ojos. Luego, con absoluta decisión, vertió un chorro de *whisky* en el negruzco agujero rodeado de sangre casi seca, que se amasaba con el barro de la galopada.

Durante un par de segundos Sterling pareció no notar nada. De pronto su cuerpo se tensó perceptiblemente, marcándose todos los músculos del torso y brazos.

Asustada, la bailarina alzó la vista. Como sorpresa para ella, Morton Sterling la miraba sonriendo, si bien de una forma extraña, prieta, dura.

—Siga..., por fa... favor...

—Ya..., ya sigo, sí...

Vertió otro chorrito de *whisky*. Luego, con una gasa doblada, fue limpiando el circular borde de la herida. Poco a poco la carne fue mostrando una coloración rojiza, abultada, en torno al agujero. Dos minutos más tarde la herida estaba aceptablemente limpia y la carne volvía a oscurecerse rápidamente.

Loretta volvió a mirar al rural.

—Adelante, Loretta.

La barbilla de la mujer empezó a temblar al ver el rostro cubierto del sudor del rural, y la increíble palidez que le blanqueaba. ¿Cómo era posible que resistiese lo que tenía que ser un terrible dolor?

No obstante, lo peor había pasado ya y Loretta, después de cubrir la herida, la vendó lo mejor que supo, empleando más vendas de las debidas para asegurarse de que el torso del rural quedaba lo suficientemente prieto para impedir la salida de más sangre.

Por fin Loretta se dejó caer al suelo, sentada, junto a las piernas de Morton Sterling.

Éste alcanzó la botella, que había quedado sobre la cama, y bebió otro trago.

—Se ha portado bien, Loretta —dijo luego—. Tan bien que no merece que Luke la quiera.

Ella alzó la vista.

—Querrá decir que merezco que Luke me quiera.

—No, no. Lo he dicho bien. Lo peor que le podría ocurrir es que Luke la aceptase a su lado. Está condenado a morir en la horca. Es un forajido. Un asesino, Loretta.

—¡No!

—Sí.

—Yo... A mí no me importa eso.

—¿Se iría con él a donde fuese..., a pesar de todo?

—Sí.

—¿Incluso se casaría con él?

—¡Sí! Pero eso... jamás podrá ser...

—¿Por qué?

—Él me desprecia. Soy..., soy una...

—No es necesario decirlo tantas veces. Además, él no vale mucho más que usted como persona. Creo que incluso menos. Al fin y al cabo ha hecho mucho más daño.

Morton Sterling repetía la opinión de Clark Mac Nully sin saberlo; era peor un asesino que una mujer de los antecedentes de Loretta Evans.

—Pero Luke no es malo del todo.

—¿Por qué lo dice?

—Él se está jugando la vida por salvar la de usted.

—Sí, pero no lo hace por mí, sino por él mismo.

—¿Cómo es posible eso?

—Es muy largo de explicar. De todos modos, sepa que conozco muy bien a Luke. Mucho mejor que usted. Estuvimos juntos en la guerra. Allí se conoce bien a los hombres.

—¿Qué..., qué hizo Luke allí?

—Lo mismo que todos: pelear. Luego, cuando volvimos..., él y yo seguimos caminos distintos. Lo sentí. Como compañero Luke Mackey es algo excepcional. Sin embargo, claro, yo no podía... Él tenía unas ideas muy distintas a las mías respecto a cómo debe ser la vida de un hombre. Nos separamos... Yo me casé no mucho después. ¿Sabe que tengo un hijo? Se llama Lew y no tiene ni siquiera un año.

—Debe..., debe ser maravilloso... Y..., y usted..., ¿ama a su esposa señor Sterling?

Los ojos del rural se entornaron. Bebió otro sorbito de *whisky*.

—¿Que si la amo? —susurró roncamente—. Bueno, esto son cosas muy difíciles de explicar. Se siente algo..., algo terrible cuando uno piensa que quizá no vuelva... ¿Me comprende?

—Creo..., creo que sí ¡Ojalá Luke pueda salvarle a usted!

—Podrá.

—¿Podrá?

—Sí, eso he dicho. Sólo necesito que Luke aguante esta posición, llamémosla así, como en la guerra, hasta el amanecer. Para entonces estaré salvado. Sí, Luke podrá hacer esto. Es un hombre terco y difícil de vencer. Le he visto luchar... Hace..., hace un par de años nos... nos enfrentamos. Yo tenía más miedo que él, pero al mismo tiempo tuve más suerte. Sé..., sé que si no hubiese sido más rápido que él... me hubiese matado. Sí, lo hubiese hecho. Luke me hubiese matado.

Loretta Evans no discutió esta aseveración de Morton Sterling. La imagen de Clark Mac Nully, tumbado sobre una mesa del saloon, ensangrentado el pecho, pasó rápidamente por su imaginación.

Durante un par de minutos los dos permanecieron en silencio. Al cabo, Sterling suspiró.

—Sí, creo que siempre he tenido mucha suerte. En cambio, hay quien... No vine a estos lugares yo solo... Me acompañaba un muchacho llamado Harold Banning en la misión. Era un novato, y yo era quien tenía que enseñarle sus primeros pasos de rural. Estábamos en un punto del Río Grande inspeccionando... Entonces aparecieron cuatro hombres y dispararon contra nosotros... Harold tenía veintidós años... Era..., ¡era un muchacho formidable!

Loretta Evans miró asombrada los húmedos ojos de Morton Sterling.

Éste se dio cuenta y sonrió:

—Ya ve, unos tienen suerte y otros no. Pero en esta ocasión no fue suerte, ¿sabe, Loretta? Durante todo el camino yo había venido hablándole a Harold de Ruth y de mi hijo. A él... le gustaba oírme. Dijo..., decía qué él, algún día, también... Cuando aquellos hombres dispararon, Harold se puso delante... ¡Dios, no es justo!...

Loretta desvió su mirada de los ojos del rural. Entonces vio la mano de éste engarfiada en el revólver fuertemente, blanca...

—Tuve que huir, dejándole allí... El deber ante todo... Y luego se encuentra uno con que un hombre como Luke Mackey continúa vivo.

—Él..., Luke, es su amigo. Ha..., ha vengado a Harold Banning. Ha matado a los tres hombres que llegaron persiguiéndole...

—Es usted buena, Loretta. Y muy hermosa. Pero no entiende... No entiende estas cosas... Yo le diría que...

En aquel momento sonaron unos golpes en la puerta.

—¡Eh! —gruñó Mackey—. Acabad ya. Tengo que hablar contigo, Morton.

Loretta Evans vibró al oír la voz de Mackey y se puso en pie rápidamente. De un modo brusco había pasado a la realidad. Hubiese estado horas escuchando al rural.

Éste la miraba, risueño.

—Luke no será nunca bueno, Loretta. Pero si usted le quiere, le deseo suerte.

Loretta notó un nudo en la garganta. Se dirigió a la puerta, asió el pomo y comenzó a abrirla.

Un rugido de Mackey la petrificó:

—¡Estúpida, apaga la luz antes de abrir la puerta!

Loretta enrojeció. Cerró la puerta de nuevo y se dirigió hacia el quinqué. Antes de soplar para apagarlo vio fijos en ella los oscuros ojos del rural, expresando... Sí, expresaban pena. Pena por ella.

Sopló la llamita y luego, a tientas, volvió a la puerta. Apenas la había abierto un palmo se oyó de nuevo, agria, la voz de Luke Mackey:

—¿Pretendes que nos maten a todos?

—No, Luke.

—¡Bah! Anda, sal aquí fuera. Veamos qué has hecho con Morton. Ahí tienes un rifle. Como parece ser que sabes usarlo, supongo que sabes lo que tienes que hacer.

—Sí... Si alguien quiere entrar, disparo, ¿no?

—¡Qué lista! Escucha esto: dispara al menor movimiento, a la menor sombra, a cualquier cosa que te parezca sospechosa. Vale más matar al alcalde por equivocación que dejar que entre Holligan o cualquiera de los otros. ¿Has comprendido?

—Sí, Luke.

—¡Y no hagas caso de las sensiblerías de Morton! Todo eso del muchacho de veintidós años, su muerte... ¡Bah, tonterías! Eso no le hubiese pasado al chico si hubiese sido un poco listo.

Loretta se arrodilló junto a Mackey.

—Luke —susurró—, ese rural es una buena persona. Tú y yo no lo somos.

Luke Mackey volvió a sentir en sus labios aquel cálido aliento que brotaba de la boca de Loretta Evans, aquella caricia impalpable, suave, fresca... Fresca... ¿o cálida?

¿Eran sus labios frescos o cálidos?

Luke Mackey enfundó el revólver y adelantó ambas manos hasta encontrar los hombros de Loretta. Notó el inmediato temblor de la mujer al sentirse tocada por él.

Pero Loretta Evans no dijo nada.

Esperó.

Estaban los dos arrodillados, casi ocultos para el exterior, aunque hubiese habido luz, por la mesa.

La espera de Loretta fue angustiosamente larga, pero concluyó cuando los ásperos labios del pistolero llegaron hasta los suyos. Y Loretta no se movió.

Aceptando el duro beso de Luke Mackey, que ya no se acordaba de preguntarse si aquellos labios eran frescos o cálidos. Las manos del pistolero resbalaron por los hombros de la mujer... Una mujer que lo aceptaba todo de él, que se estaba preguntando si era justo encontrar a un hombre como Mackey cuando estaba en lo más hondo de la pendiente de su vida. ¡Podía ofrecerle tan poco!...

Primero, Luke apartó las manos. Luego, los labios. Y Loretta Evans se sintió morir.

—Luke...

La voz de él, áspera:

—Quédate aquí vigilando. Y ya sabes lo que te he dicho.

—Sí, Luke.

Arrodillado, Mackey entró en el cuarto y cerró la puerta tras de sí.

Afuera, Loretta Evans quedó inmóvil unos segundos, notando todavía en sus labios aquel contacto varonil, y en su cuerpo, el recuerdo de aquellas manos vigorosas...

CAPÍTULO V

Luke Mackey encendió una cerilla, se acercó al quinqué y, tras quitar el tubo, la aplicó a la mecha. Colocó el tubo en su sitio, y se volvió.

—Hablas demasiado, Morton.

—Sabía que nos estabas oyendo, Luke. Y ella también lo sabía.

—¿Y qué? ¿Qué quieres decir?

—Pues que ninguno de los dos hemos intentado ocultar nada.

—Está bien, está bien, dejemos eso. ¿Cómo va la herida?

—Loretta ha hecho un buen trabajo.

—¡Bah! Bien, lo importante es que te encuentres mejor. Supongo que eso ha tenido algo que ver en la mejoría, ¿no?

Señalaba la botella de *whisky*.

—Seguro —aceptó Sterling—. Y puesto que la ha traído Loretta, no puedo impedirte que bebas.

Mackey tomó la botella y bebió un largo trago. Luego, la miró con disgusto, porque estaba ya más que mediada. Por fin, dirigió su mirada irónica hacia el rural.

—Supongo que has querido decir que si la botella hubiese sido tuya no me habrías invitado a un trago.

—Exactamente.

—Eres un desagradecido, Morton. Me estoy jugando el pellejo por salvarte la vida, ¿no?

—Nadie te ha pedido nada.

—Sí, ya sé. Oye, esa historia del chico, del novato que tú tenías que espabilar..., es triste, ¿verdad? Un valiente, sí, señor. Lo mismo que el alguacil Alex Weston. ¿Sabes? Creo que tienes razón: es una lástima que muera gente así y que sobrevivan tipos como yo.

—Luke —gruñó Sterling—, si continúas hablando así, te pego un tiro.

—Tonterías. Tú no eres capaz de eso.

—¿No?

La dura mirada del rural sostenía con firmeza la burlona del pistolero. Éste bajó la vista hacia el revólver que Sterling había levantado, al oír el ruido del percutor al ser alzado.

Durante unos segundos, los dos hombres permanecieron a la expectativa. Por fin, Mackey, sonriendo, aceptó:

—Quizá sí seas capaz, Morton. Pero vamos a lo que interesa: ¿qué hacías tú y ese Harold por aquí?

—No te importa.

—Desde luego que no. Pero si queremos salir de aquí con vida, tienes que decírmelo, Morton.

—Eso sí que no lo comprendo.

—¿Sabes por qué nos atacan? Fíjate bien: esperarán a que amanezca. Entonces, toda la oficina se verá perfectamente desde los tejados de las casas de la otra acera. Nos acribillarán. Mientras, esta noche, pasarán las armas por el río.

—¿Las armas?

—Oh, por favor, Morton, no nos engañemos. Tú sabes perfectamente que no soy tonto. Y yo también sé que no lo eres tú. ¿Eh? ¿Qué te parece?

Morton Sterling aflojó el percutor y dejó el revólver sobre el camastro.

—Está bien. Harold y yo vinimos, en efecto, por lo de las armas. Pero no entiendo qué tiene que ver el que tú lo sepas para que podamos salir de aquí.

—Es sencillísimo: entre lo que sabes tú y lo que sé yo, podemos darle un susto a alguien. Escribimos una nota, la tiramos a la calle, y alguien se la llevará a Denis Tunstall...

—¿Quién es ése?

—El dueño del General Store, de Hantville. Es el tipo que nosotros conocemos como jefe en este asunto. En la nota, le decimos todo lo que sabemos, y le amenazamos con gritarlo a los cuatro vientos desde aquí mismo, si no nos deja salir y marchar, después de enviar al doctor... Malden, creo que se llama, para que te atienda debidamente.

—Me parece una tontería.

—¿Por qué? Si nosotros gritamos desde la oficina que Denis Tunstall es el que dirige el paso de las armas a los mexicanos, alguien se encargaría de ponerlo en conocimiento de tus compañeros cuando éstos apareciesen por aquí. Y Tunstall se vería en un apuro.

—¿Sabes que vendrán mis compañeros?

—Seguro. El alcalde los avisará telegráficamente. Pero eso es lo de menos, de momento. Lo importante es poder salir de aquí con vida.

—Quizá nos dejen salir... y luego disparen contra nosotros.

—Es un riesgo que tenemos; que correr, aunque podemos salvarlo amenazándoles con que alguien más de Hantville lo sabe, y hablará si disparan contra nosotros.

—¿Quién? ¿Loretta? También ella puede caer...

—No es Loretta —sonrió Mackey.

—Entonces, ¿quién?

—El alguacil.

—¿Estás loco? ¡Lo han matado!

—Cierto. Pero nosotros podemos asegurarnos nuestra venganza si disparan contra nosotros... gracias a él.

—¿Cómo?

—Bastará dejar una nota en cualquiera de sus bolsillos. Cuando vengan a buscarlo para enterrarlo, es decir, antes de enterrarlo, la encontrarán.

—Es una fea jugada, Luke..., si ellos cumplen, el pacto.

—¡Bah, muchacho, bah! De todas formas vosotros, los rurales, no pararéis hasta llegar al centro del asunto ¿no es así?

—Desde luego. Si no lo hago yo, lo hará otro. Y si no, otro...

—Basta, basta —rió Mackey—. Me has convencido, hombre.

—Tú a mí no, Luke.

—No te entiendo. ¿Desconfías de mí, Morton?

—No sé qué hacer, ésa es la verdad. Por tus palabras he deducido que tú estás metido en eso, ¿eh?

—Seguro, hombre. Incluso he cobrado un anticipo.

—¿Y ahora vas a ponerte de nuestra parte, a favor de la Ley? No es una de las cosas que puedan esperarse de ti, Luke.

—Bueno, quizá me esté reformando, ¿no?

—Al final sí que conseguirás que me ría, Luke.

—No es necesario, hombre. Mis chistes no son muy buenos. Los de...

Luke Mackey calló, ceñudo. El recuerdo de Clark Mac Nully no le resultó agradable en aquellos momentos.

—¿Qué ibas a decir?

—Será mejor que hables tú, Morton. ¿Qué clase de nota le enviamos a ese Tunstall? ¿Qué es lo que sabéis los rurales?

—Hay un mexicano, llamado Venancio Garrido, que no está conforme con la adquisición de esos rifles y municiones. Se nos presentó en el cuartel y nos dijo que muy pronto se intentaría pasarlas por el río, cerca de Hantville. Incluso nos señaló aproximadamente el lugar.

—¿Por eso estabais Harold Banning y tú inspeccionando por aquellos alrededores?

—Claro.

—Tuviste mala suerte con los Doncaster. Son... —sonrió—. Eran cuatro fieras.

—Lo sé bien.

—Pero creo que os precipitasteis un poco, ¿no? Las armas ni siquiera han llegado a Hantville.

—Veo que estás menos enterado que yo. Las armas llegaron ya a Hantville, dentro de unos cajones que debieran contener herramientas y maquinaria para pozos artesianos.

Mackey abrió la boca, asombrado.

—¡Caray! —exclamó, por fin.

—Eso dijimos nosotros —se burló Sterling—. Como puedes adivinar, el envío es importante. No conocíamos el nombre de Denis Tunstall, pero, naturalmente, eso era casi lo de menos. Lo más importante era estudiar y preparar el terreno para impedir el negocio. En cuanto a Tunstall, no teníamos más que buscar a un comerciante que dispusiese de cajas con maquinaria y herramientas para saber inmediatamente quién era nuestro hombre.

—¡Y yo creí que era tonto, y que había alguien más en esto!

—Sigue existiendo esa posibilidad.

—Sí, claro. Oye, y para impedir eso, ¿vinisteis solamente dos rurales?

—¿Te parecen pocos? —sonrió Sterling.

—Hum.

—Dos rurales pueden dar mucho que hacer, Luke.

—Según y cómo. Está bien, sabemos lo suficiente para intimidar a Denis Tunstall. Yo escribiré esa nota...

—Ah, pero..., ¿sabes escribir?

Mackey lo miró torcidamente.

—Tus chistes —gruñó— todavía son peores que los míos, Morton.

—Es posible.

Mackey apagó el quinqué y salió del cuarto, dirigiéndose hacia la mesa de la oficina. Loretta estaba sentada tras ella, a un lado, de modo que viese perfectamente la puerta y la ventana.

—¿Nadie, Loretta?

—Nadie, Luke.

—¿Tienes miedo?

Loretta tardó unos segundos en contestar:

—Sí.

Luke Mackey rió silenciosamente.

—Pronto saldremos de aquí. Entre Morton y yo hemos formado un plan, que esperamos dé resultado.

—¿No nos matarán?

—Eso nunca se sabe. Lo que sí es seguro es que si cuando amanezca estamos todavía vivos aquí, nos acribillarán a placer. Si no fuese por eso, podríamos esperar tranquilamente a que llegasen los rurales que habrá pedido el alcalde.

—¿Qué harás luego, Luke?

—¿Luego?

—Cuando..., cuando salgamos de aquí..., cuando nos vayamos...

—¿Tengo que hacer algo especial?

—¿Te marcharás de Hantville?

—¡Naturalmente!

—¿Me... me llevarás contigo?

Luke Mackey no contestó, de momento: El aliento de Loretta Evans, como las otras veces, rozaba sus labios cálidamente. Mackey se estaba preguntando si era posible que una mujer que lo había perdido todo, pudiese producir esa impresión agradable de frescura, de lozanía en su voz y en sus labios. Se preguntó si una mujer como Loretta Evans podía tener aquel brillo en sus verdes ojos, si su cuerpo podía ser tan bello todavía...

—¿Cuántos años tienes, Loretta?

—Muchos.

—¿Cuántos?

—Veintinueve.

Mackey rió.

—Yo tengo más. Creo que son treinta y cuatro... más o menos. Los dos somos viejos, ¿no te parece?

—Nunca se es demasiado viejo, Luke.

—Eso que has dicho es divertido.

—¿Me llevarás contigo, Luke?

—Dime algo que pueda convencerme para hacerlo. ¿Qué ganaría yo contigo a mi lado..., aparte de tener una hermosa compañera?

—Yo haría lo que tú quisieras, Luke. Con tal de estar a tu lado.

—¿Serías sólo para mí?

—Claro, Luke —gimió Loretta.

—Soy un asesino. Ni siquiera respeto la amistad. ¿Crees que respetaría tu amor?

—Yo... yo lo intentaría. Pero aunque no fuese así...

—¿Vendrías conmigo?

—Sí, Luke.

Se inclinó y la besó en los labios con fuerza. Loretta Evans vibró bajo él.

—Un beso, Loretta..., es... muy poco...

—Puedes... tomar lo que sea bastante... para ti, Luke.

Un cuarto de hora después, Luke Mackey rió.

—Morton debe estar esperándome para escribir esa nota. Espero que Alex Weston tuviese algún lápiz y papel.

Encontró un lápiz, pero como papel tuvo que utilizar el reverso de un pasquín, que arrancó del tablero. Cuando se disponía a entrar en el cuarto, Loretta se abrazó a él suspirando, y le besó en los labios.

—¿Me llevarás contigo, Luke?

—Sí.

Dejó a Loretta inmersa en la gran felicidad de su porvenir y entró en el cuarto, tras arrancar otro pasquín, en el cual debían escribir otra nota que esconderían en el cuerpo de Alex Weston.

Cuando encendió el quinqué, Morton Sterling estaba tendido en la cama. Le tendió la mano, para ayudarle a incorporarse, pero el rural la ignoró. Se levantó solo, apretando los labios.

Mackey no hizo más que este comentario:

—Esto salda nuestra cuenta, Morton.

Y el rural aceptó implícitamente, porque dijo:

—Escribe tú. Yo no podría.

—Está bien.

Un cuarto de hora más tarde, las dos notas estaban preparadas para cumplir el cometido planeado. Luke se dirigió con ellas a la puerta, tras apagar el quinqué.

—¿No me preguntas por qué he tardado tanto en entrar con el lápiz y el papel, Morton?

—Dejé de ser un niño hace tiempo, Luke. Sé perfectamente lo que ha pasado ahí fuera. Y no me gusta hablar de ello.

—Muy delicado, Morton, muy delicado.

Riendo, abandonó el cuartucho.

* * *

—¿Sólo el sombrero? —preguntó Denis Tunstall.

—Sí. Salió volando por la ventana. Estuvimos a punto de disparar. Luego, lo cogimos. No podía ser una trampa. Mackey no es ningún estúpido.

—No, no lo es...

Estaban reunidos en la trastienda del bazar propiedad de Denis Tunstall. Además del propietario, estaban el temible texano Burt Holligan, jefe de los pistoleros, Orson, Milton, Wells, Scott y Garret. Faltaban tres: Coogan, Patton y Parker. El primero estaba herido, debido a la pelea sostenida ante la oficina del alguacil. Patton había muerto en el mismo lugar, al intentar ayudar a su compañero. Parker era el que había quedado cruzado en el umbral de la puerta de la oficina de Alex Weston.

Denis Tunstall dejó de dar vueltas entre sus manos al sombrero, cuando vio la línea blanca que sobresalía del forro interior. Lo sacó un poco.

—Un papel...

Lo desdobló.

—Es un «wanted» —musitó Holligan.

—Pero tiene algo escrito.

Tunstall lo leyó rápidamente. Y palideció. Estuvo mirando a sus hombres durante casi un minuto, sin verlos, antes de preguntar, inesperadamente:

—¿Quién ha quedado allí?

—Nadie.

—¿Cómo...?

—¡Bah! Mackey debe creer que está sitiado —rió Holligan.

—¡Imbéciles! Tú, Wells, y tú Scott, apostaos delante de la oficina... con rifles.

—Bueno.

Los dos pistoleros salieron desganadamente.

Holligan preguntó:

—¿Qué dice el papel?

Denis se lo tendió. A medida que iba leyendo, Holligan apretaba más y más los labios. Cuando terminó, exclamó:

—¡Maldito traidor! ¿Qué hacemos, Tunstall?

El comerciante se pasó la mano por la frente, súbitamente llena de sudor.

—¡Maldito Mackey! —exclamó de pronto.

—Bueno, la culpa no es sólo de él —deslizó Holligan—. Creo que el más culpable es el cochino mexicano que nos delató a los rurales. Me gustaría

saber su nombre. Si él no hubiese hablado, ese rural no hubiese aparecido por aquí, y Mackey seguiría tranquilamente a nuestro lado. Bien, ¿qué hacemos?

—Espérame aquí. Voy..., voy a tomar el fresco... a ver si se me ocurre algo.

—Muy bien.

CAPÍTULO VI

—¡Eh, Mackey!

La voz resonó claramente en la oficina, proveniente de la solitaria calle.

Y Luke Mackey sonrió.

—Ése es Holligan. Veamos qué quiere.

Había estado sentado junto a la mesa, en el suelo, besando a Loretta en los labios, y correspondiendo a los besos de la mujer, que se sentía más feliz que en toda su vida anterior.

Loretta le cogió una mano.

—Ten cuidado, Luke.

—¡Bah! No dispararán...

Empero, se acercó a la ventana casi arrastrándose por el suelo. Cuando llegó bajo ella, pisando los destrozados cristales, levantó la voz:

—¡De acuerdo, Holligan! ¿Qué hay?

—Un trato, Mackey. Un trato favorable para todos.

—Está bien. Holligan. ¿Cuál es el trato?

—Me han autorizado para ofrecerte cinco mil dólares y un caballo. Todo lo que tienes que hacer es salir ahora mismo de ahí y marcharte tranquilamente.

—¿Dejando aquí al rural?

—Claro.

—No comprendo en qué favorece al rural ése trato, Holligan.

—Bueno, es decir. Al decir «todos» nos referíamos a ti y a nosotros. El rural, no cuenta.

—Te equivocas, Holligan.

—Estás loco, Mackey. ¿Qué te pasa? Siempre fuiste un tipo de la peor calaña. Ahora te preocupas por la vida de un rural... que no vacilaría en meterte en la cárcel, si pudiese. ¿Aceptas el trato o no?

Luke Mackey vaciló. Cinco mil dólares y un caballo. Por supuesto, si pedía dos caballos se los darían. Él y Loretta podrían escapar, con dinero, a cualquier lugar donde ninguno de los dos fuese conocido...

—¡Mackey! ¿Qué contestas?

El «sí» estuvo a punto de brotar de los labios de Luke Mackey. Pero, de pronto, el convencimiento de que ni siquiera así podría escapar, lleno de rabia su duro corazón. ¡Naturalmente! En cuanto saliese lo matarían, sin preocuparse de si mataban también a Loretta. Más aún: Loretta tenía que morir.

Además, ¿qué significado habría tenido, entonces, su esfuerzo de salvar a Morton Sterling? Su deuda con él no estaba liquidada. Para ello, tenía que dejar a salvo al rural. Aunque luego, en cualquier otra ocasión, lo matase él mismo.

Si aceptaba aquel trato, no traicionaba a Morton Sterling, sino a sí mismo, a su soberbia, a su afán de continuar llevando una vida libre, despiadada...

—¡Holligan!

—¿Qué diablos te pasa? ¡Contesta de una maldita vez!

—Mi respuesta es Sí, Holligan.

—¡Estupendo! Ya sabía yo que eras un tipo inteligente. De acuerdo, Mackey: sal ya.

—Todavía no, Holligan. Quiero ver delante de la puerta dos caballos.

—¿Dos?

—Loretta Evans vendrá conmigo.

Burt Holligan se echó a reír.

—De acuerdo, Mackey, de acuerdo. Aunque en mi opinión te estás complicando la vida, de acuerdo. Tendrás que esperar un momento.

—Está bien.

—Luke Mackey se apartó de la ventana, desplazándose rápidamente hacia la mesa. Apenas llegar allí, Loretta se abrazó a él.

—¡No puedes hacer eso, Luke, no puedes...!

—Cállate.

—Pero ese hombre fue tu amigo, te perdonó la vida una vez...

—He dicho que te calles.

—Pero..., pero... él tiene una esposa, un hijo, fue tu amigo..., ¡Luke no puedes...!

Mackey derribó por el suelo a Loretta de una violenta bofetada que restalló secamente en la oficina.

—Cuando yo digo que te calles, ¡calla!

—¡Oh, Luke, parecías quererme! Creí... ¡No me amas, Luke! ¡Lo de antes no fue más que una mentira tuya! ¡Una mujer... y tú tomaste lo que...!

Mackey agarró fuertemente a Loretta por los brazos, hasta hacerle daño, zarandeándola hasta que oyó el entrecrocar de sus dientes.

—Voy a demostrarte que te quiero. ¡Estúpida! ¡Eso es lo que voy a hacer...! ¡Cállate de una vez!

La volvió a tirar por el suelo de un furioso empujón. Luego, pasando por su lado, se dirigió hacia la puerta.

—Eh, Morton, soy yo.

—Pasa.

Mackey entró en el cuartucho y bajó la voz.

—No es necesario encender el quinqué para hablar esto, Morton. Tú y yo estamos condenados a morir, a menos que tus compañeros lleguen antes del amanecer. ¿Es o no es cierto esto?

—Según tú, sí.

—¿Cómo, según yo? ¿No lo crees?

—A ti te matarían desde los tejados de las casas de la otra acera, de acuerdo. Pero a mí, aquí dentro, no me verían.

—Supongo que estás de broma. Si me matan a mí, ¿quién les impediría entrar hasta aquí... y acribillarte, sin molestarse siquiera en abrir la puerta?

—Está bien —gruñó el rural—. Acepto lo que dijiste antes: si no llegan mis compañeros antes del amanecer, moriremos los dos. De acuerdo. ¿Y bien?

—¿Tienes inconveniente en que Loretta se salve?

—No digas tonterías. ¿Es verdad que la amas?

—Eso es cuenta mía, ¿comprendes? Sea como fuere, ella merece algo mejor que morir a balazos en manos de esos de ahí fuera.

—Está bien. ¿Qué se te ha ocurrido?

—¿Puedes moverte?

—Creo que sí.

—¿Y disparar?

—Seguro. Eso, seguro.

—Entonces, escucha...

Mackey se adelantó más hacia el rural, y explicó rápidamente el plan que había concebido para que Loretta Evans pudiese escapar.

Cuando terminó de contarlo, Morton Sterling se echó a reír.

—¡Estupendo! El despiadado asesino Luke Mackey ama por primera vez. Y, ¡a qué mujer...!

—Te voy a matar, Morton —silabeó Mackey—. Te voy a matar como digas...

—Oh, pero si no lo entiendes. Sigo opinando que ella vale mucho más que tú, Luke. ¿No estás de acuerdo conmigo?

—Sí.

—Una mujer excepcional. A ella se le puede perdonar la vida pasada. A ti no, Luke. Al decir «¡qué mujer!», quería decir que no la mereces... Una mujer que ama como ella te ama a ti... Sí tiene derecho a que se le perdone todo.

—¿Y a mí no puede perdonárseme nada?

—Nada, Luke. ¿Qué crees? He seguido tus pasos, he sabido de ti. Sé que has estado en Dallas, en Amarillo, en Fort Worth, en Saint Angelo, en Santone... Santone, ¿recuerdas? Encargaron a uno de mis compañeros de tu captura, y yo fui en su lugar para concederte una oportunidad. Pude matarte, y sólo te rogué que te marchases de Texas. Ni siquiera eso hiciste. Has recorrido Texas de Norte a Sur, de Este a Oeste. Tú y tu diabólica puntería, Luke. No has matado en duelo: ¡has asesinado! ¿Qué perdón puedes esperar? En un pueblecito llamado Lubbock mataste fríamente a un hombre. Sí, Luke, sé toda tu vida... tus hazañas... En Middletown, te desafiaste con dos hombres, y cuando ellos te esperaban en la calle, apareciste en la puerta de un saloon y los acribillaste. Luke, ¿cómo puedes hablar de perdón? Todavía quiero decirte algo más: en el fondo de mi corazón, contra mi voluntad, contra mi inteligencia, deseo que logres escapar, que desaparezcas con Loretta Evans... Quisiera una nueva vida para ti, Luke.

Luke tardó casi medio minuto en hablar.

—Está bien, Morton. Tú y yo vamos a saldar ahora la deuda que contraje contigo cerca de Santone. El que sobreviva, debe saber que no le debe nada al otro.

—Está bien, sí. Ayúdame a llegar ahí fuera.

—¿Ni siquiera puedes andar?

—Si hubiese podido andar, estaría muerto junto al alguacil que intentó defenderme... que me defendió hasta la muerte. Ésos son los hombres que necesitamos en esta tierra, Luke: hombres honrados, de los que no vacilan en dar la vida por la Ley, por...

—Oh, cállate ya, Morton: me aburres.

—Lo comprendo.

Mackey se había pasado un brazo de Morton por el cuello, y con una mano agarrando la del rural, lo sostenía en pie. Con el otro brazo rodeó la cintura, por debajo de la herida.

Cuando lo dejó detrás de la mesa, Morton Sterling jadeaba.

—La... la botella, Luke, la... la botella...

—Sí.

Entró en el cuarto a buscar la botella. Cuando la tendió al rural, éste la tomó con manos temblorosas. Se oyó el gorgoteo del líquido.

—¡Dios! Jamás pensé que el *whisky*...

—Déjate de tonterías ahora. Tenemos...

Afuera sonó la voz de Burt Holligan:

—¡Eh, Mackey, te traemos los dos caballos!

Luke no contestó.

—Aquí tienes tres rifles. Están cargados. Estas cajas contienen municiones. Suerte. Adiós.

—Adiós, Luke.

Loretta estaba junto a los dos hombres, en silencio, pero ya no pudo contenerse más.

—¿Lo vas a dejar aquí, solo y herido?

—Sí. Tú y yo nos vamos. A menos que prefieras quedarte con él.

—Iré contigo, Luke —musitó Loretta. Y al rural—. Suerte, señor Sterling.

—Gracias. Y a usted también se la deseo, Loretta. Es curioso, ¿verdad? Ni Luke ni yo nos hemos deseado mutuamente buena suerte. Y, con usted, una desconocida hasta hace... ¿un par de horas?... parece que exista una mejor voluntad. Sí, buena suerte, Loretta.

—Me tenéis asqueado con vuestras sensiblerías... Vámonos, Loretta. No hay que impacientar al peligroso buen amigo Burt Holligan —se echó a reír—. ¡Ése sí que va a necesitar mucha suerte...!

—¡Mackey!, ¿sales o no?

—Allá vamos, Holligan.

Recogió rápidamente el revólver de Alex Weston, cuyo cadáver estaba ya frío, y uno de los de Parker, el pistolero que yacía cruzado en el umbral de la puerta, y los cargó rápidamente. Después se llenó los bolsillos de los cartuchos que arrancó de las presillas de los cintos de ambos hombres.

—¿Para qué tantas armas, Luke? —susurró Loretta—. ¿Acaso tendrás que pelear?

—Nunca se sabe...

—Pero...

—Anda, vamos. Pronto estarás lejos de aquí, de todo esto... Y ojalá Morton acierte en sus buenos deseos hacia ti, Loretta. ¿Sabes?: me pregunto cómo, por qué y cuándo he empezado a amarte.

—¡Luke!

—Ya se habló demasiado. Vamos.

CAPÍTULO VII

Cuando salieron a la calle, reinaba en ella el más absoluto silencio.

Los dos caballos estaban ante la oficina del alguacil, pero no se veía ningún signo más de vida.

—Aquí, Mackey, a tu izquierda.

Luke Mackey se volvió tranquilamente. Cierto. Allí estaba el peligroso Burt Holligan, al cual había nombrado jefe de pistoleros el estúpido abotargado de Denis Tunstall.

—Hola, Holligan.

—Eres un cerdo, Mackey. Si por mí fuese, no te largarías tan bonitamente.

Mackey rió.

—Todavía no me he marchado de Hantville, Holligan. Tengo algo más que decir... antes de marcharme.

—Se te han aceptado ya demasiadas condiciones, Mackey. ¿Cuál es la nueva?

—Esta solución la habéis buscado vosotros, no yo. Y no se trata de ninguna nueva solución. Tan sólo quiero que Loretta salga de Hantville antes que yo.

—Es una sucia jugada de las tuyas, Mackey.

—No. Ella no dirá nada a nadie... a menos que cuando esté a una distancia conveniente, yo no me reúna con ella.

—Te crees listo, ¿eh?

—Lo soy, Holligan.

—Está bien —gruñó el pistolero— que se marche Loretta.

Luke Mackey se volvió hacia Loretta. La mujer no parecía dispuesta a obedecer aquella indicación, pero Mackey la abrazó y la besó suavemente en los labios.

—Es la primera vez que te digo algo... que te pido algo, Loretta. ¿No vas a hacerlo?

—Sí, Luke.

—Entonces, márchate. Me reuniré contigo dentro de poco.

—¿Dónde?

—En Sun Valley. Eso está cerca de aquí. Ni siquiera puedes perderte. El camino está marcado.

—Luke: ¿de verdad me quieres?

—Creo que me he vuelto un poco estúpido, Loretta, porque, sí, de verdad te quiero.

—Te esperaré, Luke.

—Iré. Tú y yo ya no podemos separarnos.

Loretta Evans volvió a besar los labios del asesino, que en ningún momento había perdido de vista a Burt Holligan. Luego, la bailarina se dirigió hacia los dos caballos que había ante la barra y montó en uno de ellos.

Pocos segundos después se perdía en la distancia.

—¿Y bien, Mackey?

—Esperemos un poco más, Holligan. ¿O prefieres dispara contra mí? —rió—. Vamos, hombre, a ti te nombraron jefe de todos nosotros, ¿no? Eso quiere decir que eres el más rápido. Saca el revólver...

—Eres un maldito asesino fanfarrón, Mackey.

—Soy el mejor de todos vosotros.

—No, Mackey, no. No eres el mejor de nosotros. Y, hablando de otra cosa: ni siquiera te has interesado por los cinco mil dólares. ¿No te interesan?

—Hay tiempo.

—¿Tiempo?

—Loretta no está todavía lo bastante lejos. Holligan, voy a demostrarte que soy el mejor de todos vosotros. Por lo menos, el más rápido. Voy a liar un cigarrillo.

Burt Holligan no contestó. Todavía no había adivinado que lo único que pretendía Mackey era ganar tiempo para Loretta, y que su aparente fanfarronería sólo tenía por objeto ganar el máximo posible de tiempo.

Tras la primera bocanada de humo, Luke Mackey se echó a reír.

—¡Te lo dije, Holligan! Sois poca cosa para mí. A mí nadie me hubiese, desafiado encendiendo un cigarrillo en mi presencia. Por muy rápido que hubiese sido, hubiese tenido las manos ocupadas. ¿No lo crees así?

—Hace años que sé que a cada uno le llega su hora, Mackey. La tuya, al parecer, todavía no ha llegado.

—Eso es estupendo. Entonces, ¿tienes inconveniente en entregarme esos cinco mil dólares?

—Aquí está. Tómallo. No pretenderás que sea yo mismo quien te lo meta en el bolsillo.

—Claro que no, hombre. Allá voy.

Mackey tomó el dinero con la mano izquierda. Se lo guardó.

Luego dijo:

—¿Me crees idiota, Holligan?

—¿Por qué preguntas eso?

—Escucha, estúpido: sé perfectamente que en cuanto monte en ese caballo alguien disparará contra mí con un rifle, desde cualquier lugar. Entonces, sólo tendréis que quitarme el dinero y salir en persecución de Loretta.

—Estás... estás equivocado, Mackey.

—No te pongas nervioso, hombre, si eso no tiene importancia. Yo hubiese hecho lo mismo. En esta ocasión sólo se trata de saber quién es el más listo.

—Estás equivocado, Mackey. No tenemos intención...

—Vosotros sois los equivocados. Hasta la vista, Holligan. Puede que pronto nos encontremos.

—Pero...

Luke Mackey levantó la mano izquierda, armada con uno de los revólveres que había llevado metidos en el pantalón. Holligan vio durante un instante el brillo del arma, y dio un rápido paso atrás, muy abiertos los ojos, intentando gritar.

El balazo disparado por Luke Mackey le entró por la boca, reventando su cabeza a la altura occipital.

Burt Holligan saltó hacia atrás como si no pesase absolutamente nada, como un cuerpo ligerísimo bajo un veloz viento. Y para cuando su cuerpo resonó contra las tablas de la acera, Luke Mackey había saltado de lado, hacia la fachada de las casas.

De este modo, el disparo de rifle que marcaba la ruta de un plomo hacia su corazón, resultó infructuoso.

Rebotando en el suelo, Mackey disparó, rapidísimamente, tres veces hacia el lugar de donde había partido el disparo. No hizo blanco, y lo demostró un nuevo plomo que buscó su cuerpo.

Corrió por la acera, calle arriba, y cuando se disponía a entrar en un saloon, dos hombres aparecieron ante sus puertas batientes.

Uno de ellos consiguió disparar, y Luke Mackey creyó que le estaban arrancando el costado derecho con cuchillos al rojo vivo. Empero, el dolor no le venció.

Uno de ellos ya había muerto cuando Mackey se sintió herido. El otro, el que le había arañado el costado con un plomo, intentó disparar otra vez.

Dos plomos surgidos del revólver que empuñaba Mackey se clavaron en su estómago. El dolor fue algo terrible, aniquilador, tan angustiioso que hacía desear rápidamente la muerte.

Y llegó.

Mackey pasó junto a aquel hombre, y, antes de saltar al interior del saloon, apoyó la boca del revólver en la cabeza y apretó el gatillo. La cabeza de Scott reventó aún más escalofriantemente que la de Burt Holligan.

Cuando se hizo cargo de su nueva situación, en el interior del saloon, sólo vio rostros tensos, amedrentados, asustados, cuyos ojos parecían clavados en él.

En la calle, oyó:

—¡El rural! ¡Ese rural herido ha quedado solo...!

De buena gana, Mackey se hubiese echado a reír. ¿De modo que el rural había quedado solo? «Casi» solo. «Solamente» tenía tres rifles, un revólver, y abundantes municiones para cualquiera de aquellas cuatro armas.

Y una puntería tan mortal como la del propio Luke Mackey.

Breve, duramente, la mirada del asesino recorrió los tensos rostros amedrentados.

Vio, como algo lejano, un reloj, en el fondo del local: las once y media.

¿Tanto rato había pasado?

Nadie se movió. Parecía que casi ni siquiera respirasen. Ya riendo, duro, cruel, Luke Mackey disparó en rápida sucesión por tres veces, y los quinqués que iluminaban los rincones del saloon saltaron hechos pedazos. Luego, disparó contra el gancho que sostenía la lámpara en el techo.

Oscuridad.

Un silencio que nadie se atrevió a romper.

Mackey se tiró hacia la calle, pasando por debajo de las puertas batientes, rodó por la acera, y, apenas incorporado, saltó hacia la protección de uno de los numerosos abrevaderos que orlaban la calle principal de Hantville.

Y nadie disparó contra él.

Estaban demasiado ocupados con Morton Sterling, el cual estaba demostrando la capacidad de defensa de un rural. Por la puerta de la oficina y por la destrozada ventana surgían verdaderas andanadas de plomo ardiente.

Tres sombras, tiradas en la calzada, pegadas al borde de la acera, debían estar preguntándose qué clase de herida debía tener el rural que ellos creían moribundo.

Aprovechando que no le prestaban atención, Mackey se separó del abrevadero, y corrió calle abajo pegado a los porches, en dirección al General Store propiedad de Denis Tunstall.

Pero se detuvo en seco cuando pasó ante el Pistol Saloon. ¿Acaso no era allí donde yacía herido Clark Mac Nully, al cuidado del doctor Malden, que debía vigilar a un hombre? Y, al fin y al cabo, el médico era lo que más necesitaba Morton Sterling..., aparte de que podía ser un perfecto confidente para, más adelante, poner a los rurales en conocimiento de lo que había ocurrido allí, y de la personalidad de Denis Tunstall... ¡de todo! Generalmente, un médico es un hombre honrado.

Cuando entró en el saloon, un numeroso grupo de personas retrocedió instintivamente. Miedo. Estaban allí esperando el desenlace de aquella singular pelea entre hombres fuera de la Ley. Y ni siquiera el conocimiento de que un rural estaba en peligro les apartaría de su postura expectante, pasiva. Ni siquiera el conocimiento de la muerte del alguacil Alex Weston, el hombre que había muerto por escasos sesenta dólares al mes... y un amor increíble a la Ley.

Loretta había dicho que habían subido a Mac Nully al piso alto del saloon en una mesa, para evitar moverlo, acto que hubiese ocasionado su precipitación a la muerte.

Subió rápidamente las escaleras.

Cuando llegó al pasillo, vaciló, desconcertado. Había varias puertas que daban a éste. ¿Cómo, saber cuál era la conveniente?

La obsesión de salvar a su viejo amigo Morton Sterling se había apoderado, inexorablemente, de los pensamientos de Luke Mackey. Una deuda qué pronto dejaría de existir... aunque él, Luke, continuase con vida.

¿Cómo era posible aquello?

¿Suerte? ¿La suerte que no le había querido desear Morton?

—Cochino farsante. Te llevarías un disgusto si me matasen... ¿Qué puerta...?

¡La única que dejaba pasar luz por debajo!

Cautelosamente, Mackey se deslizó hacia ella, y escuchó durante unos segundos. Finalmente, sonrió. Había reconocido una de las voces.

Retrocedió varios pasos, hasta llegar a la escalera. Descendió unos cuantos peldaños, y, de pronto, volvió a subirlos rápidamente.

Corriendo, pisando reciamente, llegó ante la puerta. Se colocó a un lado, y, poniéndose la mano ante la boca, gritó, excitado:

—¡Eh, Picket, deja eso y ven conmigo! ¡Esos tipos se están escapando...!

Unos pasos precipitados sonaron al otro lado. La puerta comenzó a abrirse, y se vio parte del cuerpo de un hombre.

Sin esperar a más, Luke Mackey comenzó a apretar el gatillo de su revólver. Trozos de madera saltaron hacia su rostro, mostrando los limpios orificios de las balas al atravesar la puerta.

Al otro lado se oyó un gemido breve, agónico. Mackey terminó de abrir la puerta con un violento puntapié. La puerta encontró un obstáculo, que quedó vencido rápidamente. Cuando el pistolero entró en la habitación, un hombre yacía ensangrentado en el suelo, con varios agujeros en el cuerpo.

Con otro de los revólveres en la mano, Mackey apuntó al sobresaltado doctor Patrick Malden.

—Muy bien, medicucho. Venga conmigo. ¡Quieto!

La orden no se debía a un sospechoso movimiento de Malden, sino a los deseos de Mackey de echar un vistazo a Clark Mac Nully. El doctor Malden permaneció inmóvil, mirando un poco asustado a Luke Mackey.

Patrick Malden era alto, delgado, elegante, con una mirada mansa, intelectual, inteligente. Vestía correctamente, y toda su apariencia era de hombre educado y pacífico.

Pero Luke, Mackey no se fiaba nunca del aspecto de los demás.

—Camine hacia la pared, póngase de cara a ella, y levante las manos lo más alto que pueda. Y péguelas a la pared. Eso es. Da gusto tratar con personas sensatas. Una cosa: tan sólo que se mueva para respirar, yo advertiré el movimiento. Y no me detendré a preguntarle por qué se mueve. ¿Ha comprendido?

—Sí.

Mackey dejó al médico para dedicar su atención a Clark Mac Nully.

El rubio pistolero estaba palidísimo, y sus cabellos se pegaban a la frente debido al abundante sudor que resbalaba por todo el rostro, juntándose en las comisuras de la boca y en la hendidura de su firme barbilla.

Tenía el pecho descubierto, y una venda lo rodeaba fuertemente. Su respiración era débil, y parecía un poco ronca.

Luke Mackey notaba la boca seca. Se pasó la lengua por los labios.

—Siempre fuiste un idiota, Clark. Y tengo derecho a decírtelo incluso ahora, ya que tú siempre me llamaste asesino. Ni siquiera sé si me arrepiento de haber sido yo quien te ha puesto así. Pero a veces pasan estas cosas...

Clark Mac Nully se agitó levemente. Tenía los labios agrietados, resecos. No parecía el mismo hombre que pocas horas antes criticaba incesantemente a

su mejor amigo. Tan sólo la firme línea de su mentón y sus rubios cabellos seguían igual.

Mackey se dirigió a Patrick Malden:

—Andando, matasanos. Hay quien lo necesita por ahí.

—Tengo que cuidar a...

—Será muy poco tiempo. Su otro paciente no necesita tantos cuidados. ¿Sabe extraer una bala?

—Claro.

—Entonces, coja sus armas y en marcha.

—¿Mis armas?

—Sus... instrumentos. ¿Está tonto, matasanos?

—No..., no, claro. Enseguida...

—¡Menos charla!

—Ya..., ya voy...

Patrick Malden, médico de Hantville, el hombre de quién se decía que aspiraba a la mano de la hija del alcalde, metió precipitadamente sus instrumentos dentro del maletín.

—Vamos.

—Pase delante de mí.

—Pero...

—¡Vamos ya, hombre! —rió Mackey—. ¿Es que tiene miedo?

Patrick Malden se permitió mirar despectivamente al asesino Luke Mackey.

Sin decir palabra se dirigió a la puerta, la abrió y salió al pasillo. Todavía riendo, Mackey le siguió. Le siguió igualmente durante el descenso por, la escalera y durante el tiempo que invirtieron en atravesar el saloon.

Parecía como si nadie se hubiese movido.

Cuando estaban a punto de salir a la calle, Mackey miró cuidadosamente por un lado de una de las ventanas. Un estremecimiento de rabia recorrió su cuerpo al ver a Denis Tunstall, o, por lo menos, lo parecía, en la otra acera, bajo uno de los faroles pero muy bien protegido, teniendo en cuenta la línea de tiro de la oficina del alguacil.

Estaba a más de sesenta metros.

—Salga, matasanos. Hemos de llegar a la oficina del alguacil.

—Pero... dispararán contra nosotros...

—Sólo tiene que correr un poco. Yo estoy herido y me veo capaz de lograrlo. Le quedan muy pocos hombres al cochino ese de Tunstall.

—Creo...

—¡No tiene que creer nada! —Mackey le clavó la punta del revólver en la espalda y gruñó—: Elija, una muerte problemática si sale a la calle y me obedece... o una muerte segura si se niega a salir. Y estoy hablando en serio.

Patrick Malden no vaciló más. Había oído hablar de Luke Mackey lo suficiente durante aquellas horas que llevaba cuidando a Clark Mac Nully y sabía que era capaz de cumplir lo que decía. Y más si se trataba de matar.

Salió a calle y Mackey le empujó con el revólver.

—¡De prisa! No siempre corren más las balas qué un hombre...

Echaron a correr hacia la oficina del alguacil.

Mackey corría, interponiendo entre los hombres de Denis Tunstall y él la persona de Patrick Malden y dejando tras de sí un reguero de sangre que brotaba de su costado herido.

Y hasta que se encontraron a salvo dentro de la oficina no reparó en que, durante el tiempo que habían invertido el doctor Malden y él en llegar allí, los pistoleros contrarios habían dejado completamente de disparar.

Luke Mackey achicó los ojos para mirar al médico, pero no le dijo nada de momento.

—Morton.

—Ya te oí gritar que llegabas, Luke. Está bien. ¿Es ése el médico?

Morton Sterling, más habituado a las tinieblas, les había visto, y anteriormente oído los gritos de Mackey para que no disparase cuando ellos entrasen.

—¿El médico? ¡Oh sí, claro! Pasad al cuarto ése y que te extraiga la bala. Yo me encargo de contener a éstos. Creo que quedan ya muy pocos, si no recuerdo mal. Ayude al rural, doctor. Morton sabe dónde está el quinqué ahí dentro. Yo le daré otro que hay aquí fuera, que me preparé por si se apagaba el otro. También puede utilizarlo. Supongo que necesitará luz.

—Mucha luz, en efecto.

Mackey sonrió heladamente.

—Y otra cosa, doctor Malden: la herida de Morton no es mortal. No puede morir de ésta. ¿Comprende?

—No mucho.

—¿No? Pues está bien claro. Le estoy diciendo que como Morton Sterling muera por esta tontería, le cortaré la cabeza a balazos. ¿Está claro?

Patrick Malden carraspeó.

—Muy claro, señor Mackey.

CAPÍTULO VIII

La jugada les había salido mal. Seguro que habían querido matarle. ¿Acaso no lo demostraba el hombre que había disparado contra él con el rifle cuando mató a Holligan?

Mackey sonrió torcidamente. Holligan se había creído muy listo y, además, el hecho de que el del rifle no hubiese disparado antes demostraba que pensaba matarlo él mismo. Seguramente, cuando se hubiese vuelto de espaldas para dirigirse hacia el caballo. Luego no les hubiese resultado demasiado difícil dar alcance a Loretta.

La sonrisa de Mackey perdió su expresión torva, cruel. Por lo menos, Loretta se había salvado.

—En cuanto a él... ¡Qué pocos hombres podían quedarle a Denis Tunstall! Tan pocos que, por lo visto, ni siquiera se atrevían a atacar.

De buena gana Mackey se hubiese echado a reír. Incluso era casi seguro que las armas no habían podido ser pasadas por Vado Caliente aquella noche, ya que la mayoría de los hombres que debían custodiarlas estaban en Hantville. Pero lo más grave era que él, Luke Mackey, estaba ayudando a un rural.

—Y con una eficacia que nadie podrá discutirme —rió a solas.

Le dolía el costado. El maldito Scott había sido bastante rápido, pese a la sorpresa...

¿Por qué no habían disparado contra el doctor y él cuando corrían hacia la oficina?

De pronto oyó un ruidito tras él. Rápido se tiró al suelo y se volvió, hasta quedar con el estómago pegado a él, arrastrándose hacia un lado.

Una sombra salía, arrodillada, del cuartucho.

—¡Eh, doctor! ¿Y el herido?

Patrick Malden respingó. No parecía un hombre de acción, acostumbrado a situaciones como aquélla. Al fin y al cabo era lo lógico en un médico: salvar vidas, no enzarzarse a balazos con cualquiera.

Se arrastró hasta llegar más cerca de Mackey.

—Está bien. No era una herida de importancia, aunque sí dolorosa, en el hipocondrio derecho.

—¿Dónde?

—En el hipocondrio. Bueno, en el lado derecho del pecho, a esta altura:

—Sé dónde tenía la herida Morton. Déjese de tonterías. ¿Todo ha ido bien?

—Sí. Le extraje la bala. Estaba tan seguro de que perdería el conocimiento que me rogó que cuando acabase apagase la luz antes de salir..., y que lo hiciese de rodillas.

—¡Oh, ya! Morton siempre fue... muy precavido. ¿Se ha desmayado?

—Naturalmente. ¿Puedo marcharme ya?

—Tiéndase en el suelo, matasanos. Sin rechistar.

Patrick Malden obedeció. Y no protestó cuando la mano izquierda de Mackey recorrió hábilmente su cuerpo.

Sólo dijo:

—No llevo armas.

—Eso parece —gruñó Luke—. Y ahora vamos adentro.

—¿Quiere convencerse de que no he matado a su amigo?

—¡No es mi amigo!

—Pero usted...

—¡Cállese! Esto no es de su incumbencia. Tan sólo quiero asegurarme de que ha cumplido su parte, matasanos.

—Como quiera, Mackey.

—Es usted un hombre de temple, ¿eh? ¿Cómo no lleva armas?

—¿Cree que las armas definen al hombre de temple, al hombre valiente?

—¡Váyase al diablo! Vamos, arrástrese hacia la puerta. Supongo que nuestros amigos de ahí fuera no van a adivinar que durante un minuto dejo de vigilar.

Una vez dentro, Mackey ordenó:

—Encienda el quinqué, matasanos.

Malden rascó una cerilla. Encendió el quinqué.

Luke se adelantó hasta quedar junto a Morton Sterling. El rural estaba pálido, pero respiraba con facilidad y fuerza. El torso mostraba ahora un perfecto vendaje.

—¿Satisfecho, Mackey?

—Sí. ¿Tardará mucho en recobrar el conocimiento?

—Pues... Depende. Este hombre ha demostrado tener una increíble resistencia... La herida en sí no era importante, pero ha perdido mucha

sangre. Quisiera saber cómo ha podido mantenerse en pie y...

—No podía mantenerse en pie.

—Ah, eso es lo normal... Sin embargo, tan sólo por haber podido mantenerse firme ahí fuera ya es digno de admiración. ¿Cuándo se recobrará? Pues... Seguramente no tardará mucho. La herida es limpia; no ha habido infección... No creo que tarde mucho, no. Pero, desde luego, no podrá moverse de la cama... durante cinco o seis días. Eso sería lo conveniente, ya que no absolutamente necesario.

—No le entiendo.

—Si se lo propone podrá levantarse cuando él quiera. Ahora bien, la herida volvería a sangrar y, claro, luego tendría que estar más de diez en cama.

—Ya. Salgamos de aquí. No estoy tranquilo.

Abandonaron el cuarto.

Patrick Malden preguntó:

—¿Puedo marcharme?

—Espere un momento, compañero. ¿Por qué no dispararon contra nosotros cuando veníamos hacia aquí?

—Porque estaba yo.

—¿Y eso?

—Soy el único médico de Hantville. Si usted estuviese en una situación tal que pudiese caer herido de un momento a otro..., ¿dispararía contra el único médico que hubiese cerca de usted?

Mackey se acarició la barbilla.

—Es una buena razón. Márchese... Un momento. ¿Se salvará Clark Mac Nully?

—Sí.

—Es una lástima. Total, para caer en manos de los rurales.

—¿Por qué? ¿Está reclamado?

—No. Él no. Pero este contrabando de armas...

—¿Contrabando de armas? ¿Qué dice?

—Clark está metido en esto, sí. ¿No lo sabía? Denis Tunstall nos alquiló para proteger el envío hasta tierras mexicanas. Pero no ha tenido mucha suerte, ya que las armas no han salido todavía de Hantville...

—¿Conque por eso estaban ustedes aquí?

—Exacto. Lamento que por mi culpa Clark quede en manos de los rurales sin poder defenderse.

—Bueno, si no han llevado a cabo el contrabando no habrá demasiado de qué acusarle. Si acaso, de complicidad en un intento de contrabando. Un año de cárcel. Quizá dos. Siempre será mejor eso que morir.

—Sí, claro. ¿Recordará lo de Denis Tunstall?

—Desde luego. ¿Qué pretende, Mackey?

—Usted tendrá que poner al corriente de lo que aquí ha pasado a los rurales, que llegarán cualquier día de éstos. ¿Lo hará?

—Sin duda. Y ahora, ¿puedo marcharme?

—Seguro..., si le dejan salir esos chicos de ahí fuera.

Patrick Malden no contestó. Se dirigió hacia la puerta y se colocó a un lado. Entonces gritó:

—¡Soy el doctor Malden! ¿Puedo salir?

Hubo un breve silencio.

Luego:

—¡Salga, doctor! Pero camine hacia aquí para que nos aseguremos de que es usted.

Patrick Malden salió tranquilamente con su maletín en la mano y poniéndose el sombrero con la otra.

Tumbado junto a la mesa, Luke Mackey estuvo viendo su silueta hasta que desde el porche descendió a la calzada, en dirección adonde había sonado la voz.

Poco después una súbita andanada de plomo penetraba en la oficina, y Mackey, que había estado atento a lo que le había parecido el galope de un caballo que se acercaba, lanzó una furiosa maldición, recogiendo más detrás de la mesa, mientras replicaba abundantemente a los disparos.

La calle se llenó de nuevo de estampidos. Y esta vez, pese a que eran menos los sitiadores, con mucha más, furia. Luke Mackey comprendió que Denis Tunstall se iba a jugar el todo por el todo, dirigiendo él a los pistoleros. Abandonaba su pose de hombre honrado de Hantville y se lanzaba de lleno a la consecución de un negocio más fabuloso que el almacén-bazar.

Pero antes, claro, tenía que matar a quienes sabían demasiado de aquel asunto. ¿O ya era una obsesión? ¿No pensaba matar a Loretta? ¿Ni siquiera tenía un hombre para, mandarlo detrás de la mujer a matarla? ¿O lo había enviado?

¿Y el médico? ¿No era lógico que el médico supiese también algo? ¿Acaso pensaba matarlo cuando él, Tunstall, se considerase lejos del peligro de ser herido?

¿O era que Denis Tunstall había abandonado ya toda esperanza de guardar el secreto?

—¡Claro! Eso debía ser... ¿Acaso él, Luke Mackey, no había salido de la oficina? Podía haber hablado con muchas personas, no ya sólo con el doctor Malden, o con Loretta, o con el rural... ¡Cualquiera podía saber ya la verdad!

Luke Mackey comenzó a reír burlescamente. ¿Conque eso era lo que le ocurría a Tunstall? Se sabía descubierto. Y lo único que estaba intentando entonces era matar a los hombres que habían desbaratado todos sus planes...

Por entre el tronar de las armas, Mackey distinguió el galope de un caballo muy claramente, ya que obligaban al animal a galopar por la acera de tablas, que resonaban con fuerza...

—Os creéis listos, ¿eh?

Sí, quizá se lo creían. Enviaban a un jinete por la acera, y, de pasada, el hombre rociaría de balas la oficina. Luego pasaría otro, y otro... Y seguramente irían colgados al otro lado de la silla, de modo que si él disparaba sólo podría herir al caballo.

—Pero aun así...

El caballo apareció de pronto ante la ventana, con mucho estruendo de sus cascos contra las tablas del porche.

Mackey sonrió fríamente.

Y disparó al jinete, que se estaba tirando del caballo.

—¡Loretta!...

Loretta Evans había recibido el plomo antes de llegar al suelo. Cuando sus pies llegaron a las tablas, la mujer pareció impulsada contra la ventana. La atravesó, llevándose por delante los ligeros travesaños de la ventana, que todavía sostenían triangulares trozos de los reventados vidrios.

Un frío intensísimo paralizó a Luke Mackey, todavía con el revólver un poco más alzado, en la posición que había empleado para disparar contra quien él creía uno de sus enemigos.

—Luke..., Luke, amor mío...

Los labios de Mackey comenzaron a temblar. Ésa fue su primera reacción. Luego se estremeció tan violentamente que el revólver estuvo a punto, de saltar de su mano.

Sin incorporarse, de rodillas, se deslizó hacia donde había sonado la voz, el gemido de Loretta Evans; Cuando llegó junto a ella se dio cuenta de que había caído sobre el cadáver de Alex Weston.

—Luke, mi vida...

Luke Mackey sintió por primera vez en su vida la angustia. Y no sabía de ella más que notaba un enorme nudo en la garganta, algo que parecía hecho de alambre de púas; algo amargo, que parecía ir hinchándose más y más...

El nudo de alambre y algo amargo se convirtió en un ronco sollozo en los labios de Luke Mackey.

—¡Loretta!...

Mackey besó desesperadamente los labios de Loretta.

—¡No quería hacerlo, Loretta, no quería! ¡Creí!...

La quitó de sobre el cadáver del alguacil y quedó junto a ella, acariciándole el rostro.

—Luke..., dime, dime que me... a... amas..., y todo..., todo estará bien...

—¡No! ¡No estará bien! ¿Por qué volviste?

—Tú..., tú no venías... Retrocedí un po... poco... y... oí los..., los disparos...

—¡Pero yo lo hice todo por salvarte! ¡Quería que tú te salvaras! ¡Y ahora..., ahora...!

—Ya..., ya te..., te di... dije que quería..., quería morir contigo, Lu... Luke... ¿Ves co... como no... mentía?

—¡Oh, Dios...!

—Todavía..., todavía queda al... algo bueno..., bueno en ti, Luke. Te deseo..., te deseo...

—¡No queda nada bueno en mí! Loretta, chiquilla. Tú eras lo único que había conseguido hacerme sentir algo bueno. Y te he matado. ¡Te he matado yo!... ¡Te he matado después de amarte, cuando ya ni siquiera me acordaba de que te había llamado perdida!...

—Yo... sólo era eso, Lu... Luke... Una perdida... Tú...

—Yo sólo soy un maldito asesino, Loretta. Y lo seguiré siendo mientras viva. Quizá tú hubieses conseguido... Pero te he matado...

—Aún..., aún estoy... estoy vi... viva, Luke... No..., no me has matado...

—Dime que me perdonas, Loretta. ¡Dímelo!

—No..., no sólo te perdono, si... sino que..., que sigo amándote con to... todo mi..., mi corazón..., Luke Ma... Mackey... ¿Y tú..., me amas?

—Sí, Loretta.

—Dímelo..., Luke, por..., por favor..., di... dímelo...

—Te...

Una sombra se proyectó sobre ellos desde la calle.

Fue algo instintivo. Algo que sólo puede hacer con la necesaria rapidez un hombre que ha vivido treinta y cuatro años peleando, matando, defendiéndose, disparando desde cualquier postura y en cualquier momento.

Algo que ni siquiera Luke Mackey pudo controlar. Saltó de costado, mientras su mano derecha desenfundaba, el revólver rápida como nunca en su vida. Sus dos disparos se confundieron con el único que pudo efectuar el hombre cuya sombra sé había proyectado en el interior de la oficina.

La cabeza del pistolero Orson estalló cuando las dos balas disparadas por Mackey penetraron en ella casi juntas por el ojo derecho.

Simultáneamente, Luke Mackey notaba en su costado derecho, sobre la misma herida recibida antes a un disparo de Scott, el abrasador golpetazo del plomo disparado por Orson, que se hundió completamente en su cuerpo, siguiendo el contorno interno de una costilla.

El pistolero quedó de rodillas, llenos de lágrimas sus ojos debido al terrible dolor que le laceraba. Parecía que todo comenzase a gritar...

Sacudió la cabeza cuando oyó otro disparo. El movimiento le salvó la vida, porque el movimiento total del cuerpo dio lugar a que la bala que iba destinada a su cabeza sólo la rozase, y la que iba destinada a su corazón sólo se clavase en el hombro izquierdo.

Y mientras caía hacia atrás, impulsado por el nuevo plomo que mordía su carne, Luke Mackey volvió a disparar.

Milton encajó el plomo en la frente y murió en el acto, allí mismo, doblándose de rodillas y cayendo sobre sí mismo, como si se plegase.

Garret recibió la bala en la garganta, y el grito que estaba a punto de brotar quedó cortado. En su lugar, por la boca brotó un grueso chorro de sangre. Garret retrocedió algunos pasos, hasta que su cintura chocó contra la barandilla del porche. Entonces basculó y cayó de cabeza al polvo de la calzada.

Apoyándose en la pared, Mackey consiguió ponerse en pie y dirigirse, vacilante, hacia la puerta. Sabía que estaba muerto, que no saldría vivo de aquello. Ni siquiera lo deseaba.

Pero antes de morir del todo...

Salió al porche, tambaleante, notando un frío intenso en todo el cuerpo. Parecía que no tenía piernas. ¿Cómo, pues, podía mantenerse en pie?

Cuando vio a Denis Tunstall, éste ya había disparado desde el centro de la calle. El muy cochino había sido el último en atreverse a acercarse a la oficina...

Y Denis Tunstall se detuvo, al parecer asombrado, cuando Luke Mackey, tras pasar la mano derecha bajo su sobaco izquierdo, en más que increíble postura, disparó contra él.

Pero no era asombro.

Un balazo en el corazón no causa asombro, sino muerte. Y antes de caer hacia adelante, sin un gesto, silencioso, Denis Tunstall todavía recibió otro balazo en el abdomen. Pero éste ni siquiera lo notó, porque ya estaba muerto.

Y entonces sí que el silencio fue total, absoluto, tenso.

Luke Mackey quiso aspirar hondo, pero un terrible dolor en el pecho le hizo desistir de ello.

—Loretta...

Comenzó a arrastrarse hacia la oficina, dejando un reguero de sangre sobre las tablas de la acera. Sus manos parecían querer clavarse en la madera para poder tirar de su cuerpo.

No supo cómo había conseguido llegar junto a ella.

Y en aquel mismo momento una voz sonó por encima de él:

—Maldito sea, Mackey. Maldito mil veces... Ha destrozado mis posibilidades de enriquecerme. ¿Qué le importaba esto?

Hundido en un sopor de indiferencia hacia todo lo que no fuese Loretta, Luke Mackey ni siquiera se asombró de que aquella voz perteneciese a Sandor Talmage, el alcalde de Hantville, el hombre que horas antes se había ofrecido a ayudarlo, el hombre que había asegurado que llamaría telegráficamente a los rurales y que, naturalmente, no debía haberlo hecho. El hombre que parecía estar al lado de la Ley, si bien medroso y vacilante.

Luke Mackey no hizo caso de eso.

Consiguió acariciar el rostro de Loretta Evans.

—Loretta, te..., te amo... No... pude acabar de... de... decírtelo a... antes... Pero... ¡te amo!...

Loretta Evans no podía ni siquiera oír al hombre por el cual había dado la vida.

—Le voy a matar, Mackey. Le voy a matar como a un cerdo...

Sandor Talmage apoyó la boca de su revólver en la nuca de Luke Mackey.

—¡Al infierno, Mackey!

—Lo único que..., que... he amado...

¡Bang!

Luke Mackey se estremeció violentamente cuando el plomo disparado por Sandor Talmage penetró en su nuca. Luego, de súbito, su cuerpo se relajó.

Cayó sobre Loretta Evans, muy cerca su boca de la de ella, pegado su pálido rostro al pecho de la mujer, muy cerca de la garganta.

Los ojos de Sandor Talmage, el obeso alcalde de Hantville, brillaron llenos de odio.

Y brillaron aún más cuando se volvió hacia el cuarto donde yacía Morton Sterling.

—Tú también morirás, rural. Maldito seas... La gente ya empieza a salir a la calle. Se dan cuenta de que todo ha terminado. Ni un solo revólver dispara ya ahí fuera... Y el de aquí dentro...

Rió por lo bajo.

Quizá no todo estaba perdido...

—No, no está todo perdido. Diré que cuando vine a ayudaros, Mackey estaba ya cerca de ti y que no pude impedir que te matase. ¿Quién va a contradecirme? Luego diré que mientras yo estaba horrorizado, paralizado por el miedo, Mackey salió de ahí sin verme y se dirigió hacia la corista ésa... Cuando me vio... Tuve que matarle a él para que no me matase a mí... y ¿quién podrá discutir esto? Pierdo el dinero de las armas..., ¡todo! Pero... Se dirigió hacia la puerta y la abrió, al mismo tiempo que alzaba el percutor.

El suave cri-cri resonó nítidamente en el pequeño cuarto.

—Te queda poca vida, rural...

Avanzó a ciegas hacia el fondo. ¡Aquello era tan reducido! Enseguida encontraría al rural.

Incluso rió. ¡Un hombre indefenso!... No. Dos, porque cuando mató a Mackey éste también estaba indefenso. En realidad, Mackey ni siquiera le había hecho caso...

—No..., no se mueva... —ordenó una voz. Sandor Talmage lanzó una exclamación de rabia. Le costó un gran esfuerzo permanecer inmóvil.

—E... eso es... ¿Quién es... usted?

—Soy Sandor Talmage, el alcalde de Hantville. He venido a ayudarle...

—Lleva..., lleva usted un revólver. Y... he oído el mecanismo del percutor al ser montado...

—Sí, pero es sólo para...

—¡Quié... to! Le veo per... perfectamente... recortado contra la luz de la calle... Vuélvase des... despacio hacia la puerta... y..., y deje caer el revólver...

—Desde luego.

Sandor Talmage comenzó a volverse hacia la calle. Había localizado el lugar exacto de dónde provenía la voz. Sólo tenía que engañar a aquel rural.

Sólo volverse rápidamente y...

Se volvió, disparando ya contra el rincón, creyendo poder engañar a Morton Sterling.

Y no lo consiguió. El rural se había inclinado hacia el otro lado y replicó con dos disparos que fueron muchísimo más certeros que los disparados por Talmage, ya que mientras los de éste rebotaban, contra la pared, los de Morton se clavaban en el corazón del alcalde de Hantville.

ESTE ES EL FINAL

Veinte días más tarde Morton Sterling, el rural que había podido no sólo cumplir su misión, sino salvar la vida gracias a Luke Mackey, entraba en el cementerio de Hantville, tras haber dejado atrás el pueblo.

Se dirigió hacia el fondo, tal como le había indicado Bulder, el dueño de la funeraria. Y cuando llegó ante las dos tumbas comprobó que Bulder había cumplido sus indicaciones.

«Luke Mackey
Die har
18 april, 1867»

Y la otra:

«Loretta Evans
Redeemed
18 april, 1867»

Morton Sterling suspiró profundamente Sí. Aquello era lo que él había pedido. Luke Mackey, «él que lucha hasta morir». Y; Loretta Evans, «la redimida».

Estaba bien así.

—Adiós, muchachos.

Se volvió, dispuesto a marcharse. Pero se detuvo de pronto. Y luego, muy despacio, se dirigió a la tumba de Luke Mackey:

—Escucha esto, Luke: cuando Clark Mac Nully se reponga totalmente será juzgado. Seguramente saldrá bien con un año de cárcel. Luego, según me ha dicho, cambiará de vida. Eso se debe a un disparo tuyo. Loretta Evans, a los ojos de todos, ha quedado bastante dignificada por el sincero amor que sintió hacia ti. En cuanto a mí... Bueno, supongo que cuando le cuente a Ruth

que he vuelto junto a ella gracias a ti..., dirá que tu vida valía mucho más de un centavo. Gracias, Luke.

FIN